

**ADENTRO LOS DE CORROSCA  
DE  
LUIS ENRIQUE OSORIO**

**Comedia en seis cuadros**

**Se estrenó en el Teatro Municipal de Bogotá el 1.o. de septiembre de 1943 y completó las primeras cien representaciones el 30 de octubre del mismo año.**

**La Acción en Bogotá, en nuestra época**

**REPARTO**

EDUVIGIS	Maruja Montes
AURORA	Lucy Morgan
LULU	Isabel Contreras
MORICHA	Aurora del Valle
LUCERO	Marina García
NICASIA	Mercedes Avila
BAILARINA	Libia Salazar
ZANDALIO	Dr. Juan C. Osorio
GALEANO	Leopoldo Valdivieso
ALVARO	Raúl Otto Burgos
MARCOS	Orlando Carrizosa
EDUARDO	Víctor Manuel Díaz
CALANSANCIO	Francisco Bernal
OSIAS	Carlos Ramírez
JUSTO	Gabriel Restrepo
POLICÍA	Oscar Tovar

DENTRO LOS DE CORROSCA

Bambuco de Luis Enrique Osorio

102

Handwritten musical score for two voices, V. 2, page 1. The score consists of six staves of music. The top two staves are for the first voice, and the bottom four staves are for the second voice. The music is in common time. The score includes various note heads, rests, and dynamic markings like 'DC' and 'ff'.

Staff 1 (Voice 1):

Staff 2 (Voice 1):

Staff 3 (Voice 2): *V. 2*

Staff 4 (Voice 2):

Staff 5 (Voice 2):

Staff 6 (Voice 2):

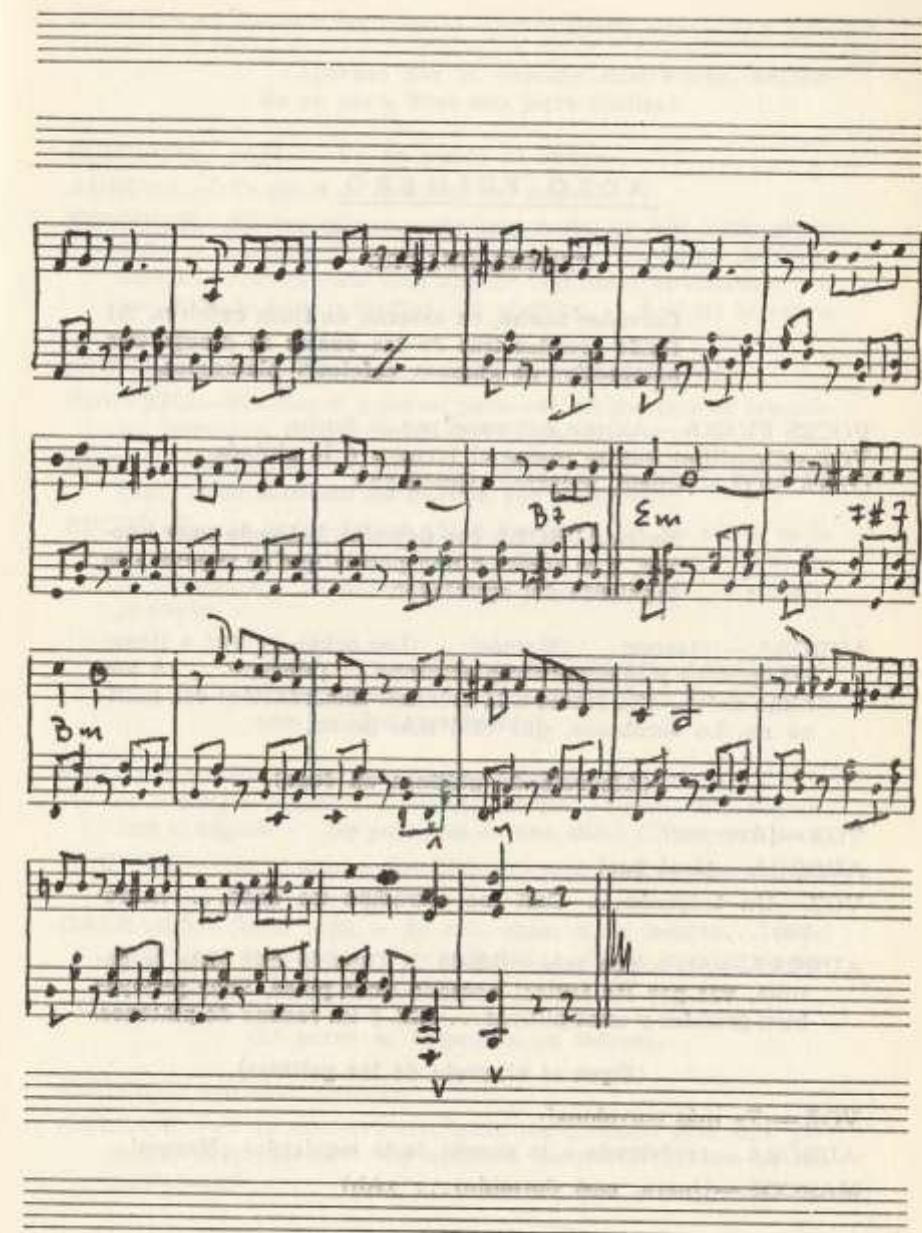
Final measures:

Staff 7 (Voice 1):

Staff 8 (Voice 2): *ff*

CONTRASTES = Bambuco de  
Luis Enrique Osorio

The musical score is for a single instrument, likely a woodwind or brass, in 3/4 time. The key signature changes frequently, indicated by Roman numerals (I, II, III, IV, V, VI, VII) and sharps or flats. The score includes dynamic markings like 'rit.', 'p', and 'f', and various rests and note heads. The handwriting is in black ink on a light-colored background.



## ACTO PRIMERO

### PRIMER CUADRO

*Corredor ancho, en caserón de finca cafetera. Al fondo arcadas tras de las cuales se dibuja una perspectiva de guamos, cafetos y platanales,*

*(VOCES FUERA, AURORA entrando por el fondo).*

VOZ. – Domitila: que se mama el terneuu e la pintada.

OTRA VOZ. – ¡Queto, mugroso ¡Queto ahí!

*(Entra AURORA con delantal, batiendo unos huevos, y se acerca a una puerta que se supone a la izquierda del apuntador).*

AURORA. – ¡Marcos!... ¡Marcos!... ¡Las ocho!... Van a llegar los Quinche y lo encuentran acostado... ¡Marcos!... ¡A ver cómo no!... *(Se asoma a la arcada).* Encarnación: esa gallina no. La saraviada, que está más gorda.

*(Alboroto de gallinas en fuga).*

VOZ. – ¡Arreyay!

AURORA. – ¿Qué fue?

VOZ. – Un tropezón... Casi me estrompo un dedo... ¡Arreyay!...

AURORA. – Anda con más cuidado... Cuando esté lista la gallina, vas por las

frutas: necesito unas piñas, unas papayas bien grandes y unas pitayas... Ah!, Y un racimo de plátanos.

(**Sigue el alboroto de las gallinas**).

VOZ. – ¡Ta más correlona!

AURORA. – (Volviendo a la puerta de la izquierda). ¡Marcos!

MARCOS. – (Fuera, casi dormido)... ¿Ah?

AURORA. – ¡Que son las ocho! No lo llamo más,

(Aparece por la derecha EDUVIGIS, cojeando un poco. Trae una jarra rústica).

EDUVIGIS. – ¡Ay!... Ya no puedo ni andar.

AURORA. – ¿Te sigue el reumatismo, mamá?

EDUVIGIS. – Ya no se me quita con nada... Ahí esta, pues, lista la guanabanada Se me pelaron los dedos de tanto cernir. ¡Pero bata esos huevos con más entusiasmo, niña! Todo lo hace a medias, sin alientos... Así no le van a crecer,

AURORA. – ¿Les echo ya la harina y la mantequilla?

EDUVIIS – Échalas si quieras? pero con su puntico de levadura; porque si no, esa torta se te aplasta.

AURORA. – ¡Llama a Marcos, por favor!... A mí no me hace caso!

(Sale batiendo los huevos, por el fondo).

EDUVIGIS. – (A la izquierda). ¡Marcos por Dios! La visita es lo de menos. Va a llegar tu papá dentro de un momento de la trilladora y te encuentra todavía acostado... Marcos ¡Ayayay!

(Aparece por el fondo GALEANO el típico vendedor de específicos, defendiéndose de un perro que le ladra ferozmente).

GALEANO. – (Andando para atrás y tirándole al perro un gajo de naranja). ¡Quiero!... ¡Gente de pa!... Toma: Esto regulariza el hígado... (Se parapeta en una silla). Chite, caballero.

EDUVIGIS. – No se asuste, don Galeano que el animalito es muy noble.

GALEANO. – Como todo lo de esta casa, sí mi señora solo que... No faltan casos de excepción ... Como hay tantos perros, es difícil distinguir.

(El perro se empecina en ladear).

EDUVIGIS . – ¡Chito, mugroso!

GALEANO. – Y la excesiva confianza me produjo ayer este pequeño desperfecto... (**Le muestra, un rolete blanco en los pantalones**).

EDUVIGIS. – ¿Quién sería el atrevido?... Apuesto que fue el Furer! Ese es el de la maña de atacar a traición a la gente decente. ¡Como no es de aquí, el gozque ese, sino un entrometido!

GALEANO. – Eso pensaba yo para mis adentros.

EDUVIGIS. – Por fortuna quedó prendido el pedazo y se puede remendar... Yo se lo remiendo... (**Busca aguja en la blusa**).

GALEANO. – No se moleste, mi señora Eduvigis... Yo, como persona precavida, llevo siempre hilo y agujas en la maleta de los específicos... En algo había de ocuparme aquí; porque, por lo demás, la hacienda responde a su nombre: es un paraíso.

EDUVIGIS. – Me alegro de que esté contento.

GALEANO. – Ya lo ve usted; vine por un día, también de entrometido, en busca de hierbas y llevo aquí más de una semana, que te ha pasado como un soplo, gracias a su bondadosa hospitalidad... ¿Sigue mejor de la pierna señora Eduvigis?

EDUVIGIS. – Tal vez un poquito aliviada.

GALEANO. – (**Con aire doctoral**). ¿Se puso el parche, tal como le indiqué?

EDUVIGIS. – Y me tomé también el agua. ¡Pero eso qué!... Viene el alivio a veces, a lo sumo... En cuanto a curarme, será ya en el otro mundo, con el pico del gusano.

GALEANO. – Por fortuna encontré esta mañana una hierba que es mano de santo. La primera caja de pomada que prepare será para usted.

EDUVIGIS. – ¿Y ha logrado vender algo en la hacienda?

GALEANO. – He olvidado hasta que esa palabra existe en el diccionario. Aquí se abandona todo interés mezquino... Se pasa el día de comida en comida y de siesta en siesta... El despertar es una sinfonía: vacas, perros, caballos, mulas, piscos... Supiera, mi señora Eduvigis, que con los piscos me divierto muchísimo... Llevo dentro una sensación musical tan honda, que me he puesto a ensayar con ellos el Danubio Azul...Oiga usted... (**Silbando y marcando el compás hacia el fondo**). Firí fi fi fi...

LOS PISCOS. – Cua, cuá, cuá cuá...

GALEANO. – Firí fi fi fi.

LOS PISCOS. – Cua, cua, cua, cua...

GALEANO. – Aun no está perfeccionada la melodía de Strauss, pero...

EDUVIGIS. – (*Muy divertida*). ¡Qué don Galeano!

GALEANO. – Como usted comprende, él arte nacional no puede surgir de un golpe,

EDUVIGIS. – Pero echando a pique sé aprende.

(*Entra ZANDALIO, el patrón, con zamarros, zurriago, ruana blanca y corrosca, por el fondo. Tras él avanza, muy respetuoso, CALANSANCIO él mayordomo*).

ZANDALIO. – (**A CALANSANCIO**). A la vaca barcina que le saquen el nuche. Por lo visto la leche que estamos tomando aquí es puro jugo de gusanera.

CALANSANCIO. – (**Al fondo**). Ta bien, patrón. ¿Y qué nombre se le pone al ternero?

EDUVIGIS. – ¡Mijitico! ¡Que se fue casi en ayunas!

ZANDALIO. – ¡Estaría yo para aguardar... (**A CALANSANCIO**). ¿De qué color es el ternero?

CALANSANCIO. – Blanco y patinegro.

ZANDALIO. – Pongámosle entonces el patajorao... Y que vayan enjalmando las mulas para bajar el café al pueblo,

EDUVIGIS. – Y averigua, Calansancio, si ya regaron las hortalizas y les echaron el maíz a las gallinas.

ZANDALIO. – De subida, que traigan la pieza del trapiche si ya está compuesta.

EDUVIGIS. – Y que no se les olvide la sal, el jabón de la tierra y el pan de onde misiá Mónica.

CALANSANCIO. – Ta bien, patrones... (**Se retira**).

GALEANO. – Muy buenos días, don Zandalio... Prosperando, ¿no?... ¡Maravillosa la cosecha! Como simple espectador, me alegro... ¿Puedo servirle en algo, don Zandalio?

ZANDALIO. – Gracias... En nada por ahora.

GALEANO. – Iré entonces a ver enjalar las mulas; porque es bueno saber de todo. Aprovecharé para mirar dos que estoy tratando con sumo esmero, porque tienen peladuras que parecen de muy mala índole.

(Sale **GALEANO por el fondo**).

ZANDALIO. – ¿Cuándo se irá este caballero?

EDUVIGIS. – ¡Pobrecito! ¿Qué estorbo te hace? ¡Déjalo en paz!

ZANDALIO. – Me fastidia la gente ociosa.

EDUVIGIS. – ¡Si no está de ocioso! ¡Y es tan servicial!

ZANDALIO. – Tiene algo de garrapata... A ti no te satisfacen ya los perros ni los pájaros... Tienes también que recoger todo bicho viviente que pasa por el camino real.

EL LORO. – ¡Ay, Zandalio, no te rajes!

ZANDALIO. – Calla ese loro, o lo bajo de un zurriagazo!

EDUVIGIS. – ¿Por qué? ¿Qué mal te está haciendo?

ZANDALIO. – ¡Me fastidia !

LORO. – Me sale del alma gritar con calor...

ZANDALIO. – En cuanto alzo la voz, el animalito ha de meter su cucharada.

EDUVIGIS. – (Al loro). ¡Calle, mi rey !Deje quieto a Jalisco!

ZANDALIO. – Te repito: esta no es casa de beneficencia.

EDUVIGIS. – Has de saber que las medicinas de don Galeano no son malas... A mí me tienen aliviada.

ZANDALIO. – ¡Son maravillosas! Sirven para todo: Lo mismo para tu reumatismo que para las peladuras de las bestias... A mí me estaba recomendando el mismo menjurje para el dolor de muelas, sin fijarse que tengo dientes postizos.

EDUVIGIS. – ¡Si ya se va!

ZANDALIO. Que se vaya pronto, si no quiere que yo mismo le comunique el desahucio... ¿Y Marcos?

EDUVIGIS. – (Desconcertándose). Me parece que... que...

ZANDALIO. – ¡Durmiendo todavía!... ¿Cuánto apostamos?

EDUVIGIS. – ¡Pobrecito! ... ¡Si está en vacaciones!... ¡Y es domingo!

ZANDALIO. – Para madrugar todos los días son iguales... ¡Qué vacaciones ni qué nada!... ¡Marcos! ¡Arriba... ¡Abra la puerta o la tumbo y se la cobro en costillas!

(**ZANDALIO entra a la alcoba y saca a MARCOS de una oreja, en pijama**).

MARCOS. – Ay, papá

ZANDALIO. – ¡Sinvergüenza! Pasa el año de vagabundo en el colegio mientras yo trabajo aquí como un burro; y encima de todo, en vez de ayudar en algo, la pasa echado como una clueca.

MARCOS. – Pero, papá ¿que hago?

ZANDALIO. ,¡Ah, no!... ¡Aquí no hay nada qué hacer!

MARCOS. Pero, papá: ¡si no me gusta el campo!

ZANDALIO. – Le va a gustar por las buenas o por las malas... Si no estudia, va a saber lo que es ganarse la vida como yo, que no tuve miedo a agarrar el hacha y tumbar selva... Mientras su mamá cocinaba para los peones... ¿Nos habremos matado y enfermado para que ahora el señorío duerma la siesta?

EDUVIGIS. – ¡No exageres, Zandalio!

EL LORO. – . – ¡Ay Zandalio, no te rajes!

ZANDALIO. – Si estoy lucido: por un lado el loro, por el otro este holgazán, y tú pendiente de la sabiduría de un tegua.

MARCOS. – Lo que me provoca es largarme... (**Va hacia el centro**).

ZANDALIO. – (**Furioso, persiguiéndolo**). ¡Lárguese, lárguese!...

MARCOS. – (**Se va a toda carrera**).

ZANDALIO. – ¡Aunque sea a vender específicos, como el charlatán de Galeano! ¡Pero sirva de algo!

EDUVIGIS. – ¡Pobre muchacho! ¡Al fin lo aburres con tanta regañadera.

ZANDALIO. – ¿Y por qué perdió el año?

EDUVIGIS. Es tan natural que un muchacho solo, en un pueblo grande, sin quien lo vigile ni aconseje, pierda el tiempo. ¡Antes!

ZANDALIO. – Ya no está en edad de que le pongan ama... Si no quiere educarse, se va desde mañana a tumbar montaña, y a ganarse así lo que se come, lo mismo que cualquier peón... Yo empecé también a igual con los peones.

EDUVIGIS. – ¡Ganas de exagerar!

ZANDALIO. (*Amenazándola*). ¡Claro. ¡Como usted es la primera en alcahuetearte!

(*EDUVIGIS sale a toda prisa por la izquierda... AURORA entra por el fondo con una taza humeante*).

AURORA. – Papá: tu changua.

ZANDALIO. – (*Pasando de la ira a la dulzura*). ¡A buenas horas!

AURORA. – Como no Quisiste esperarte.

ZANDALIO. – ¡Estaré para aguardar changuas!

AURORA. – ¡Se te enfriá!

ZANDALIO. – ¡Peor es el frío de esta criatura... ¿No hay un beso para papá!

AURORA. – Todos los que quieras.

ZANDALIO. – (*Retirándola para observarla*). ¡Qué mujerón! ¡Qué mujerón! ¡Crece más que la caña.... Veo esto y me parece mentira que no estés todavía gateando! ¿Sabes que la vaca barcina, que está marcada con tu fierro, tuvo anoche un ternerito blanco con las patas negras?

AURORA. – ¡Qué dicha!

ZANDALIO. – ¿Vamos a verlo?

AURORA. – ¡Pero tómate primero la changua!

ZANDALIO. – (*Sorbiendo*). Y te voy a marcar también la cachirrota que ordeñaste ayer... Y dos potrancos que nacieron en la semana pasada... para que tengas quince animales propios... ¡Tantos, como los años que llevas encima!

AURORA. – (*Efusiva*). ¡Gracias papá!

ZANDALIO. – (*Abrazándola*). ¿Quién es el encanto de esta casa? ¿Quién es?... ¡Lástima que no se la pueda tener ya mucho tiempo en las rodillas contándole cuentos miedosos... ¡Uy, que manos tan descuidadas!

AURORA. – La cocina, papá...

ZANDALIO. – (*Tierno*). ¡Y te quemaste!

AURORA. – Al sacar una lata del horno. ¡Estaba hirviendo!

ZANDALIO. – ¡Hacendosa cómo su madre!... El que se la lleve se saca una lotería.

AURORA. – Acaba pronto, que me voy.

ZANDALIO. – ¿No digo? ¡Claro! ¡Se aburre con el viejo!

AURORA. – No, papa... Es que estoy preparando yo misma el almuerzo, porque viene visita.

ZANDALIO. – ¿Quién?

AURORA. – ¡Los Qúinche!

ZANDALIO. – ¿Llegaron ya de Bogotá?

AURORA. – Sí: a pasar vacaciones.

ZANDALIO. –...Y tú sigues con Alvarito entre ceja y ceja,... ¿Qué te dijo ese ingrato?

AURORA. – (*Remilgada*). Nada, papá...

ZANDALIO. – ¿Nada? ... ¿Nada?... ¡Qué poca confianza le tiene esta niña a su viejo... ¿Habrá, entonces que matar gallina?

AURORA. – Ya la maté... Voy a pelarla.

ZANDALIO. – ¡La pelamos entre los dos!

AURORA. – (*Risueña y furtiva*). Tú no tienes paciencia para eso...

(Sale AURORA por el fondo y regresa CALANSANCIO).

CALANSANCIO. La gente pregunta, patrón, que si hay trabajo pal lunes.

ZANDALIO. – Sí. Vamos a cortar caña.

CALANSANCIO. – ¿Con todos?

ZANDALIO. Despide a diez de los más flojos... Y a ese que andaba por ahí metiendo discordia.

CALANSANCIO. – ¡Ande con cuidao patrón! Ese es el que llaman cortachulos... En la finca de los Quinche se agarró con dos porque fueron a decirle que no había

más trabajo, y casi los mata a machetazos... Estuvo dos meses en la cárcel.

ZANDALIO. – ¿Cómo vino a dar aquí, entonces?

CALANSANCIO. – Al descuido...

ZANDALIO. – Lo despediré yo mismo... ¡No faltaba más!

CALANSANCIO. – ¿Y las mujeres?

ZANDALIO. – Todas a escoger café. ¿Y qué es de la Moricha?... ¿Salió del trance?

CALANSANCIO. – Ya trabajó ayer con el muchachito cargao... Puai anda...

ZANDALIO. – Llámala.

CALANSANCIO. – (**Hacía el fondo, por la derecha**). ¡Moricha!... ¡Upa! ¡Que te quiere hablar el patrón!

(**Entra MORICHA, muy avergonzada, con un recién nacido envuelto en el pañolón**).

MORICHA. – Güenos días, patrón Zandalio.

ZANDALIO. – ¡Hola, Morichita! . . . ¿Ese es el nuevo retoño?

MORICHA. – (**Avergonzada**). Sí mi amo.

ZANDALIO. – Y el papá... ¿por dónde anda?

MORICHA. – (**Tapándose la cara, más avergonzada aún**). ¡Ay, mi amo!...

CALANSANCIO. – ¡A güeñas horas se viene a poner colorada...

ZANDALIO. – (**Dándole un peso**). Toma, pues, para que le compres al zute aunque sea una corrosca.

MORICHA. – (**Recibiendo cabizbaja**). Dios se lo pague, mi amo.

ZANDALIO. – Espérate ahí a que te den algo de comer y alguna ropita vieja... (**A CALANSANCIO**). Vamos, Calansancio, a despedir a ese valiente...ya ver si está cargando.

(**Salen por el fondo ZANDALIO y CALANSANCIO... MORICHA se acurruga, con el niño en brazas. EDUVIGIS, y MARCOS, ya vestido, salen de la alcoba**).

EDUVIGIS. – ¡Tanto como le suplique, que se levantara temprano!

MARCOS. – Pero, ¿a qué, mamá?. ¡Me aburro aquí horriblemente!

EDUVIGIS. – Peor es que su papá lo obligue a hacer las cosas por las malas.

MORICHA. – Güenos días, mi señora Eduvigis...

EDUVIGIS. – ¿Qué haces por aquí?

MORICHA. – Trabajando, mi señora, ¿No ve que hay que ganar pa la aguapanela de los muchachos?

EDUVIGIS. – ¡Como no cogen escarmiento... (*Levantándole el pañolón*). Muestra, muestra eso...

MORICHA. – y que dice el patrón que si mi señora tiene una ropita vieja... Y que dice mi amá que si mi señora Y el niño Marquitos... queren ser los padrinos...

EDUVIGIS. – ¡Buen padrino que escogieron!... En fin: con tal de que lo bauticen pronto...

MARCOS. – (*Abrazando a MORICHA*). Muestre a ver, comadre.

MORICHA. – (*Quejosa*). ¡Ha tao tan malito!

EDUVIGIS. – (*Retirando a MARCOS*)... ¡Bueno! ¡A tu rancho!... Toma cincuenta centavos y mañana vienes a ver si hay algún trapo viejo que ya no nos sirva.

MORICHA. – (*Saliendo*). Dios se lo pague, mi señora.

(*Al descuido, MORICHA y MARCOS se hacen una señal de mutua inteligencia. EDUVIGIS los sorprende y MORICHA echa a correr*).

EDUVIGIS. – (*A MARCOS*). Y tú déjate de esas familiaridades con las campesinas.

MARCOS. – ¿Qué hice, mamá?

EDUVIGIS. – Hay que tener caridad, pero hay que guardar distancias.

MARCOS. – ¿Me acuesto entonces otra vez?

EDUVIGIS. – Preferible.

(*Entra AURORA, impetuosa*).

AURORA. – ¡Mamá!... ¡Marcos!... ¡Ahí están!... ¡Desmontándose!

EDUVIGIS. – ¡Ave María Purísima!... Y no he tenido tiempo ni de arreglarme, ni de poner estas sillas en orden... (*Coloca las sillas en línea de batalla*)... Aurora:

Ilévale la guanabanada... (**A MARCOS**). ¡Ve a recibirlos... ¡Siquiera eso!... Zandalio! ¡Los Quinche!

(**A los vaivenes afanosos se añade la entrada de ZANDALIO seguido de ALVARO y LULU, que llevan modernos trajes de montar**).

ZANDALIO. – Mira, Eduvigis... ¡Mira!... ¡Mira qué hombro-nón... ¡Y qué hembronón!

EDUVIGIS. – ¡Qué crecidos ambos!

LULU. – ¡Madrina!

ALVARO. – ¡Madrina!

EDUVIGIS. – Me perdonan el abrazo... ¡Pero estoy tan desarreglada!

ZANDALIO. – ¡Contento debe sentirse el compadre Quinche con la parejita!... ¿No vino el compadre?

LULU. – ¿Quién lo saca de entre sus bestias y sus enjalmas?

ZANDALIO. – ¡Eso sí! ¡Para trabajador, él! ¡Había que verlo cuando esto era monte!... A nada se le achicó... ¡Tumba que tumba!...

ALVARO. – Por desgracia, ya le van pasando sus bellos días.

ZANDALIO. – ¡Pues a hacerse hombre pronto, para que le ayudes Y lo reemplaces!... Pero mira esta niña Eduvigis. Se fue con enaguas y alicaída, y volvió copetona y con pantalones.

EDUVIGIS. – Tendrán sed; porque, ¡con este solazo... Les hice la guanabanada que tanto les gusta... ¿Se la traigo?

ALVARO. – En realidad, no es mucha la sed.

LULU. – Yo preferiría un te helado con una rajita de limón.

ALVARO. – Y yo un cóctel.

EDUVIGIS. – (**Desconcertada**). ¿Un qué?

AURORA. – ¡Ay, mamá! ¡Qué pregunta! ¿No has oído por radio?... ¡Ron con Leona Oscura!

EDUVIGIS. – ¡Ah, pues lo hubiera dicho en español... Voy a ver si hay por casualidad... (**Sale a toda prisa por la izquierda**).

ZANDALIO. – (A ALVARO). ¿Tu si ganarías el año?

ALVARO. – Casi, padrino.

LULU. – Perdió la cívica y la química orgánica.

ZANDALIO. – ¡Su eterna costumbre! ¡Perder todo lo que lleva en las manos (A ALVARO, ofreciéndole un tabaco). ¿Tú fumas?

ALVARO. – Prefiero un chester.

ZANDALIO. – ¿Un qué?

ALVARO. – Un chester.

LULU. – Alvaro: no seas exigente.

ZANDALIO. – ¡No faltaba más! ¡Si está en su casa y quiero que se sienta aquí a su gusto... Aurorita: dile a Eduvigis que busque en la cocina, a ver si hay de eso que dicen... y si no, mandamos traer...

ALVARO. – No hay afán... Entonces, un Camel, un Kool, un Lucky Strike... Lo mismo da...

ZANDALIO. – ¡Fíjese, Marcos! ¡Es para que vea! Alvaro ya domina el francés y usted no sabe todavía ni persignarse.

(Regresa EDUVIGIS con un vaso enorme de ron y Una vasija de barro).

EDUVIGIS. – Aquí está lo que pidió Alvarito. Pero creo que le puede hacer daño.

ALVARO. – No haré sino probar... Suficiente...

EDUVIGIS. – ¿No más?... ¡Lo hubiera dicho, para habérselo traído en un dedal!

ZANDALIO. – Mejor así.

AURORA. (A LULU). ¿Quieres quitarte los pantalones y ponerte un traje mío?

LULU. – Así estoy bien, gracias,

ZANDALIO. (A ALVARO, mostrándole a AURORA)... ¿Y cómo encuentras este pimpollo?

ALVARO. – Gordísima, padrino .

ZANDALIO. Las ilusiones que nos hacíamos con el compadre Quinche cuando esto era una sola finca de los dos! qué bien resultaría, compadre, le decía yo, que de esta tierra y estos cuatro mocosos salieran dos fincas... y dos matrimonios...

No es por decir; pero la ganancia sería tuya.

ALVARO. – ¡Ya lo creo, padrino!

ZANDALIO. – ¡Lo sentiría por Lulú, si cayera en manos de ese haragán!

LULU. Por ese lado no hay peligro... Ya está la pieza comprometida.

ZANDALIO. – ¡Ah!... ¿Sí?

EDUVIGIS. – (*A parte a ZANDALIO*). Zandalio: no me gusta que lo humilles delante de la gente.

LULU – Lo que quiero es que papá venda y se vaya a vivir con nosotros a Bogotá.

ZANDALIO. – De ahí no lo saca nadie... ¡Ni la muerte! Porque donde lo entierren nace un totuma.

ALVARO. – Y usted, padrino, ¿no piensa llevar la familia a Bogotá?

ZANDALIO. – De pronto. Aunque sea a conocer.

EDUVUGIS. – Siempre dices que cuando venga la cosecha, y en eso llevamos ya diez años. Cuando llegue el día, ya estaré debajo de tierra.

ZANDALIO. – Es que yo estoy de acuerdo con lo que decía Simón Bolívar.

AURORA. – ¿Qué decía, papá?

ZANDALIO. Que el ojo del amo engorda el caballo.

MARCOS. – Nos moriremos viéndolo engordar.

ZANDALIO. – ¡Usted se calla.

EDUVIGIS. – Yo lo deseo, no por mí, que hasta me sentiría para reumatismo; sino por los muchachos

AURORA. – ¡Sí, papá!

LULU. – Goce un poco de la vida, padrino, No se ha de llevar la plata para el otro mundo. Cuando se conoce a Bogotá, sorprende que haya gentes empeñadas en no salir del campo.

ALVARO. – Y como pronto terminaran la carretera les será fácil vivir allá y venir a vigilar la finca con frecuencia.

EDUVIGIS. – (*A LULU*). ¿Y qué es lo que mas les gusta de Bogotá Lulu?

LULU. – ¡Tantas cosas! Las vespertinas, los dancings, el bridge, el pocker, el...

EDUVIGIS. – ¡Como les irá a parecer de pobre el amuerzo!

(**Música de cuerda entre bastidores**).

ALVARO. – ¿Se dio la cosecha, padrino?

ANDALIO. – ¡Quinientas cargas!.

ALVARO. – ¡Y qué rico tocan.

ZANDALIO. – vamos, vamos, que el campo tiene también sus encantos... ¡A quitarles los tiples!

(**Todos salen por el fondo alegremente**).

## TELON CORTO

### CUADRO SEGUNDO

*El mismo fondo del cuadro anterior, a campo abierto, al pie de una venta del camino. A la izquierda, música de cuerdas y cantantes. Al centro, en cuclillas, la vieja NICASIA y MORICHA con el niño. Al lado derecho, CALANSANCÍO o el BAILARÍN, y PRUDENCIO, cortejando a la CAMPESINA que baila el bambuco. Al levantarse el telón, los instrumentos de cuerda tocan la introducción del bambuco "Adentro los de Corrosca... Los campesinos se pasan unos a otros el calabazo de chicha.*

(**Mientras se repite la introducción**):

BAILARIN. – ¡Ay, tan linda sumercé.

CAMPESINA. – Indio: que no siá pesao.

BAILARÍN. – ¿Indio? ¿A ver? ¿Y vos qué sos?

PRUDENCIO. – Catire achocolatao: lo que es con ella es con yo.

BAILARÍN. – Mírale la seriedá: ni que juera del patrón.

PRUDENCIO. – ¿A ver? ¿Con cuál te quedas?

CAMPESINA. – Con niguno de los dos.

BAILARÍN Y PRUDENCIO. – Mírala: ise echó pa tras!

(**Grupo de cantantes**).

CORO. – Granito de los cafetos, tan rojo como mi sangre:  
¡Qué negras tus intenciones cuando el calor te deshace.  
Si amargo te hizo mi Dios, el cañar sabrá endulzarte.  
Toma panela raspada pa que podás consolarme.

*(Mientras se repite la introducción por tercera vez).*

PRUDENCIO – Toma panela raspada, y también te encimo un cobre.

CAMPESINA. – Regáleselo a su agüela con todo lo que le sobre.

PRUDENCIO. – ¡Eh! ¡Si ya se la trastaron pal cementerio e los pobres

CAMPESINA. – Le miento entonces...

PRUDENCIO. – ¿La mama?

BAILARIN – Hijue si no la conoce,

CORO. – Granito de los cafetos, tan rojo como mi sangre.  
¡Qué negras tus intenciones cuando el calor te deshace!  
Si amargo te hizo mi Dios, el cañar sabrá endulzarte.  
Toma panela raspada pa que podás consolarme.

*(Mientras suena la introducción por cuarta vez).*

BAILARÍN. – Adentro los de corrosca, que ya se dio la cosecha!

PRUDENCIO. – Toma pa tus alpargatas y pa tus enaguas nuevas.

CAMPESINA. – ¿Nos vamos pa Bogotá?

PRUDENCIO. – ¡A gastar lo que nos queda!

BAILARÍN. – Chinita: cuidado golvés con el rabo entre las piernas...

CORO. – Adentro los de corrosca, que ya se dio la cosecha. Tomá pa tus alpargatas y pa tus enaguas nuevas. Nos vamos pa Bogotá a gastar lo que nos queda. Chinita: cuidao golvemos con el rabo entre las piernas.

#### BAILE DEL BAMBUCO

*(Mientras cantan las últimas estrofas en el coro, el BAILARÍN le ruega a la CAMPESINA que baile con él. Ella se hace de rogar, y se levanta al fin a la frase "nos vamos pa Bogotá... Al terminar el canto, están frente a frente, ella a la derecha del apuntador y él a la izquierda, en los extremos laterales del*

escenario).

**INTRODUCCION.** – Avanzan a encontrarse; al hacerlo, dan vuelta completa y regresan para dar otra vuelta; luego se enfrentan en movimiento de careo y giran en gancho. Ella se desprende, y girando va a la izquierda.

**PRIMERA ESTROFA.** – Ella va al centro, perseguida por el bailarín. En el tercer verso se tapa la cara con las mano,, en el cuarto las deja caer. En el quinto hacen los dos tres vaivenes acompasados, cruzándose; en el sexto se dan la mano en alto, giran y se separan, para ir él a la derecha y ella a la izquierda.

**INTRODUCCIÓN.** – Van de un lado a otro cruzándose de espaldas y repiten la figura para quedar de nuevo en sus sitios. El se arrodilla. Ella se arrodilla. El se levanta y vuelven a girar de la mano.

**SEGUNDA ESTROFA.** – El bate el pañuelo... se arrodilla. Ella toma la punta y gira en contorno... El se levanta y ambos se abrazan, uniendo las nucas con el pañuelo... El trata de sujetarla con ambos brazos y ella se desprende en giros para regresar a su puesto original.

(Mientras suena de nuevo la introducción):

PRUDENCIO. – Y usté, misiá Nicasia, ¿no dice nada?

CAMPESINA. – El guarapo la tiene medio atembada,

PRUDENCIO. – Déjese, vieja boba, de hipocresías; venga pa cá, bailamos como en sus días.

BAILARÍN. – ¡Viva misiá Nicasia, mi gran cariño!

MORICHA. – Eche pa cá, mamita, yo cargo el niño!

(Música de la segunda estrofa, NICASIA baila el bambuco con PRUDENCIO, cómicamente... Al terminar todos van saliendo por la izquierda... Aparece GALEANO).

GALEANO. – ¡Un momento, señores!... ¡Un momento!... Se van cuando vengo a traerles lo que me pedían de rodillas si lo conocieran... Esta cajita... guarda un tesoro... (Se para sobre una banqueta). ¿No creen?... Si digo mentira, que me corte la lengua Dios Nuestro Señor,

(Al oír nombrar a Nuestro Señor, todos los campesinos, hombres y mujeres, se quitan la corrosca y se la vuelven a poner).

GALEANO. –... Es una panacea buena cual ninguna  
No quema, no mancha, no arde... no es tosco .  
Son hierbas que sólo, sólo yo conozco:

médula de ceiba , corazón de tuna,  
y ciertas raíces que sólo yo encuentro,  
tal como los indios allá en Tierradentro...  
y grasa de oso con baño de luna.

Alivia dolores y lo cura todo...

(**A NICASIA**).

Venga acá, señora, le curo ese codo,  
porque ya lo tiene de aspecto muy malo.

Úntesela siempre donde más le duela:  
la frente o el codo, la tripa o la muela,...

¡No aspiro a venderle !

¡Tome:: ¡le regalo!

¡Me la pidió Churchill!

y bajo la ropa preparo con ella la invasión a Europa

¡Me la pidió Truman!

Quiere la exclusiva para acabar pronto con guerras y solios.

Pero me he negado... ¿Por qué?

Mientras viva seré el enemigo de los monopolios

Si yo lo complazco, no habrá salvación ni para los nazis,  
ni para el Japón; pero en cambio, todo se me acabará,  
y aquí en nuestra tierra... ¡qué caro estará!

Como soy patriota, que aquí todo sobre.

Lo que niega al rico, se lo vendo al pobre,  
y así voy borrando ¡dolores,, y esclavos, señores,  
por solo tristes diez centavos!

NICASIA. – Moricha: el pañuelo... ¡Yo le suelto el nudo!

(**Todos se abalanzan a comprar**).

GALEANO. – Tome... Tome una... Tome: tome dos... me amontonen... ¡Alcanza por Dios!

CALANSANCIO. – (**Con un billete**). ¡Déme cinco cajas!

GALEANO. – ¡No tengo menudo!.

(*Los campesinos salen por la izquierda atropellando a GALEANO para que les venda su menjurge... A los pocos segundos, por el lado opuesto, entran MARCOS y LULU... El la persigue y ella huye.*)

LULU. – ¡No más!... ¡No más!

MARCOS. – ¿Por qué corres?

LULU. – Porque eres muy brusco.

MARCOS. – (**Persiguiéndola**). ¡Defiéndete, en vez de huir!

LULU. – (Amenazándolo con un rama)... ¡Si eso es lo que quieres!

MARCOS. – ¿Declarada la guerra?

LULU. – ¡Deja tu patanería!

MARCOS. – Te has vuelto arisca.

LULU. – Lo que sucede es que tú no estás acostumbrado a tratar sino con cosecheras.

MARCOS. – ¡Cómo vienes tan varonil ! ¿O es que el mundo da vueltas; y como tú llevas pantalones, tendré yo que ponerme falda... y arrancarte el pelo?... (**Le toca el copete**).

LULU. – ¡No!.. . . ¡Me despeinas! . ,! ¡Lamisamplí!

MARCOS. – (Abrazándola). ¡Aunque me insultes en todos los tonos !¡Te exprimiría como a una naranja!

LULU. – (Soltándose). No me aprietas así... ¡Más bien bájame una naranja!

MARCOS. – ¡Voy a dispararte con todo aquel racimo!... ¡Guerrilla de naranjas, como en otros años!... ¡Para que se te acaben los remilgos! (**Sale corriendo por la izquierda**).

LULU. – No creas que se me ha olvidado la puntería... Te respondo a limonazos...

(**Sale también Por la izquierda**).

MARCOS. – (Fuera). ¡Ahí va!

LULU. – (Fuera). ¡Toma tú también!

(**Entran ALVARO Y AURORA por la derecha**).

ÁURORA. – Pensé que no vendrías...

ALVARO. – ¿Por qué?

AURORA. – Te noté ayer tan indiferente...

LULU. – (Fuera, riendo). ¡Nada! ¡Esa tampoco!

(**Cae una naranja en escena**).

AURORA. – ¡Para acá no, Marcos!

ALVARO. – (Recogiéndola). Aprovechémolas... (*La pela*).

AURORA. – ¡Tenía yo tanto deseo de verte otra vez !

ALVARO. – Yo también... Sentémonos...

AURORA – (*Sentándose junto a él*). Te hice yo misma el almuerzo... ¿Todavía te gusta tanto la tarta?

ALVARO. – Pues... (Se echa un gajo a la boca). Se cambia tanto de sensibilidad en Bogotá...

AURORA. – Te tengo también unas pitayas enormes... ¡Como las que arrancábamos a escondidas para que mama no nos regañara... ¿Te acuerdas?...

ALVARO. – (*Indiferente*). Sí...

AURORA. Pareces aburrido... Te acostumbrarías a divertirte mucho par allá.

ALVARO. – Se echan aquí de menos tantas cosas!

LULU. – (*Da un grito fuera*).

AURORA. – ¡Tan patán que es Marcos! ¡Le reventó una naranja en la nariz !

ALVARO. – Recuerdan sus tiempos .

AURORA. – ¿Tú no?

ALVARO. – ¿Porqué no?

AURORA. – Tienes el pensamiento en otra parte... Hasta novia dejarías,

ALVARO. – (*Despectivo*). ¿Por qué no?... Eso se consigue allá, como todo, al por mayor.

AURORA. – (*Muy sorprendida*). ¿Qué?

ALVARO. – (*Jactancioso, sacando la cartera*). Mira la colección: Esta es la mecanógrafa de las vespertinas... Esta la jailosa de los domingos...

AURORA. – (*Angustiada*). ¿Y ésta?

ALVARO. – Fruta prohibida... Y llave del portón.

AURORA. – ¿Y esta rubia?

ALVARO. – El polo apuesto: Fruta... Demasiado permitida... puerta abierta hasta la madrugada.

AURORA. – ¡Qué horror!

ALVARO. – No te alarmes... Allá rige la ley de las compensaciones... Dile a Lulú que te haga su inventario.

LULU. – (*Da un grito agudo*).

AURORA. – Marcos: si sigue con su patanería, llamo a papá.

ALVARO. – Se quedó en la edad de las guerrillas con naranjas y limones... ¡Falta de imaginación !

AURORA. – Alvaro...

ALVARO. – A la edad que ya tenemos... (*Abrazándola*)... mejor la quietud, ¿no es cierto?...

AURORA. – (*Evadiéndose*). Tal vez...

ALVARO. – Acércate más... Ponme la cabeza aquí en el hombro...

AURORA. – No...

ALVARO. – ¿Te incomodo?

AURORA. – (*Retirándose, muy emocionada*). Ahora vengo...

ALVARO. – ¿A dónde vas?

AURORA. – (*Conteniendo el llanto*)... A ver si... a ver si ya está listo el almuerzo.

ALVARO. – ¡Deja el almuerzo en paz!... ¡Ven acá!

AURORA. – Espérame un momento... . (*Solloza*).

ALVARO. – ¿Por qué lloras?

AURORA. – (*Estallando*). No sé... No sé...

(*Sale AURORA por la derecha. Entra LULU por la izquierda, frotándose la nariz*).

ALVARO. ¿Te pegó muy duro?

LULU. Pero yo también le acerté... Casi lo bajo del árbol... Míralo: allá está todavía como un mico, convencido de que es un héroe.

ALVARO. – No le juegues más. Déjalo ahí.

LULU. – ¿Y Aurora?

ALVARO. – (*Irónico*). En la cocina... en honor a mí.

LULU. – ¿Sabes que esto me parece aburridísimo?

ALVARO. – A mí también.

LULU. – Ya cumplimos y le dimos gusto a papá. Ahora inventemos cualquier pretexto y nos vamos. Al almorzar aquí perderemos el día.

ALVARO,-. – Pero, ¿qué disculpa damos?... ¿No ves que nos estaban esperando?

LULU. – Decimos que... que no habíamos entendido la invitación... Y que teníamos un compromiso en el pueblo, para; jugar bridge con unos amigos de Bogotá.

ALVARO. – ¡Ya está!... Vamos a poner los frenos.

**(Salen ALVARO Y LULU; por la izquierda, y entran EDUVIGIS y ZANDALIO por la derecha).**

EDUVIGIS. – Valdría la pena, verdaderamente, llevar a los muchachos por allá, aunque sea a pasar una temporadita. Fíjate qué bien educados vienen los Quinche...

ZANDALIO. – ¡Deja ya ese tema!

EDUVIGIS. – Me duele ver a los míos humillados, como sintiéndose menos que los otros.

ZANDALIO. – Cada cual vale lo que tiene... Y si hacemos cuenta...

EDUVIGIS. – ¡Por lo mismo! Si aquí hay más desahogo, con mayor razón deben ir a educarse nuestros muchachos.

ZANDALIO. – ¿Y crees tú que a Marcos haya forma de educarlo?

EDUVIGIS. – ¡Tienes hoy tema con el pobrecito!... Quién sabe si, estando nosotros cerca, estudie con juicio. Y en cuanto a la niña...

ZANDALIO. – Está bien aquí junto a mi... mientras llega el que ha de llevársela...

EDUVIGIS. – A eso voy... Tu ilusión es que se case con Alvaro... ¿Cómo sabes si, teniéndola aquí, encerrada en la hacienda, yendo de la alcoba a la cocina y de

la cocina a la alcoba, no acabará él por mirarla como cosa de poco más o menos?

ZANDALIO. – ¿A mi hija?... Pues peor para él !Otro habrá de apreciarla cuando llegue el momento... Y ningún estorbo nos hace.

EDUVIGIS. – ¡Otro! ¡Otro! ¿Y dónde quieras que la conozca? ¿En la corraleja! ¿Entre los becerros?

ZANDALIO. – Ya te he dicho que, en cuanto salgamos de la molienda...

EDUVIGIS. – El mismo cuento de siempre. Terminará la molienda y vendrá otra disculpa.

(**Entra GALEANO por el fondo**).

GALEANO. – Ya están tratadas todas las bestias, don Zandalio... Usted verá que, antes de ocho días, habrán desaparecido por completo las mataduras... Ahora, aprovechando la recua Que baja. Voy hasta el pueblo a ocuparme de nuestra propia especie. .Volveré en la tarde... ¿Se le ofrece algo?

EDUVIGIS. – Pues .ya sabe que aquí tiene su casa .

ZANDALIO. – (**Mira a EDUVIGIS con furia**).

EDUVIGIS. – Es decir

GALEANO. – ¡Tan amable, mi señora Eduvigis!... ¡Lo mismo le digo yo! Si algún día van a Bogotá...

ZANDALIO. – ¿Usted es bogotano?.

GALEANO. – Pues... no sé cómo decirle... Nací en Marinilla; pero más me tardé en sacar un pie que poner el otro en las gradas del capitolio... ¡Bogotá! ¡No hay como Bogotá,..., Yo, si tuviera el dinero de ustedes, no saldría del capitolio.

EDUVIGIS. – Dice don Galeano que con sólo trescientos pesos mensuales...

ZANDALIO. – No hagamos cuentas alegres... ¿Para qué?

GALEANO. – Allá usted no necesita, don Zandalio, ni siquiera dinero... Ya sabe que tiene amigos... Además, todo lo que desee se lo llevan a crédito a la puerta de su casa, para que lo pague cuando quiera.

EDUVIGIS. – ¿Te convences?... ¡Y no me lo quenas creer!

GALEANO. – Los pagos de contado ya no se usan sino en provincia.

ZANDALIO. – Ni aún así me convencen... ¡Zapatero a tus zapatos!

GALEANO. – Escuche, don Zandalio...

ZANDALIO. – (Malhumorado)... ¿No decía usted que se iba con la recua? ... ¡Pues a apretarse la cincha, que a mí no me convence!

(Entra AURORA llorosa).

AURORA( (Poniendo la cabeza en el pecho de ZANDALIO).  
¡Papá... ¡Papacito!

ZANDALIO. – ¿Qué fue? ... ¿Qué le pasa a mi muñeca? ... ¿Te hizo Marcos alguna de las suyas?

AURORA. – No, papá.

EDUVIGIS. – ¡Todo ha de ser Marcos! ¿No digo?

ZANDALIO. – ¡Pelearon con los Quinche, como siempre!... ¡Como si tuvieran todavía diez años!

AURORA. – No, papá...

EDUVIGIS. – Son antipatías... ¡Cualquier bobada... La conozco... No la pueden ni mirar, porque se le aguan los ojos y corre a buscarte.

AURORA. – ¡Me siento tan infeliz, papá! ¡Tan despreciable .

ZANDALIO. – ¿Por qué? ¡Dime por que.

AURORA. – (Recelosa). Te lo digo a ti solo.

ZANDALIO. – Ven para acá, pues... Pero con un tenedor para ensartar esas perlas, que se están desperdiando.

(Salen ZANDALIO y AURORA por la derecha).

EDUVIGIS. – ¡Quién sabe qué será, que no pueda yo oír!

GALEANO. – La noto un poco débil... Algo de anemia... Descuide, mi señora Eduvigis... Conozco el secreto.

EDUVIGIS. – ¡Esa niña necesita un cambio de clima, como yo!

GALEANO. – ¡No cabe duda!

EDUVIGIS. – Don Galeano: ¡ayúdeme a convencer a ese hombre, que es más testarudo!

GALEANO. – ¡Con cuánto placer si pudiera!... Sólo que... como todo le fastidia...

Temo que mi insistencia...

(**Entran por la izquierda los QUINCHE**).

ALVARO. – Bueno, madrinita... Ya tuvimos el gusto de verlos.

EDUVIGIS. – ¿Qué?

LULU. – Ya nos vamos.

EDUVIGIS. – ¿Y esto qué es?... No venían luego a almorzar?... ¿O es que de veras andan peleando como antes.

ALVARO. – Nos comprometimos desde ayer a bajar al pueblo muy temprano...

LULU... – Sí... Tenemos un bridge...

EDUVIGIS. – ¡Pero eso si que está muy mal hecho..., ¿Cómo le van a dejar metido a Aurorita todo lo que les preparó con tanto cariño?

ALVARO. – Vendremos en otra ocasión.

LULU- Si. otro día. ¡Con menos afán !

EDUVIGIS. – Para mi, aquí hay gato encerrado... ¡Zandalio! ¡Zandalio!

(**Entra AURORA feliz, radiante; y tras ella, ZANDALIO muy satisfecho**).

AURORA. – ¡Mamá!... ¡Mamacita!... ¡Lulu!... ¡Alvaro..., . ¡Oigan la noticia! ¡Nos vamos para Bogotá en la semana entrante!

LULU. – ¿Tan pronto?

ZANDALIO. – .¡Lo que ha de empeñarse que se venda!... Y no a vivir en pensión, como ustedes; sino en casa propia.

ALVARO. – (**Desconcertado**). Sí... Es más cómodo,

ZANDALIO. – Y si ustedes tienen bicicleta, mis hijos van a tener automóvil.

EDUVIGIS. – Pero... ¿qué ha pasado aquí?... Imagínate, Zandalio, el cuento con que salen estos niños: ¡que se van ya!

LULU. – Si... Tenemos un bridge...

ALVARO. – Volveremos en la semana entrante.,

ZANDALIO. – ¡Pues no se van!... ¡Y se olvidan los brícheres y de chésteres y de antipatía!... ¡A la niña no me la deja nadie metido el almuerzo!

ALVARO. – Resulta, padrino, que...

LULU. – Es que...

ZAJNDALIO. Don Galeano: que les desensillen las bestias y las echen al potrero!... ¡Hasta que a mí se me dé la gana!... Después le explico yo al compadre.

GALEANO. – ¡Como usted mande! (*Va hacia el fondo*).

ZANDALIO. – Venga acá... ¡Usted!... ¡Y usted tampoco se va!... ¡Porque como conoce tan bien a Bogotá, será desde hoy mi secretario!... ¡Yo voy con secretario!

GALEANO. – ¡Honradísimo!... ¡Eh, ave maría!

ZANDALIO. – ¡No faltaba más!... Después de almorzar, se van a donde se les antoje. Pero de la gallina que mató la niña, y peló con sus propios deditos no me dejan ustedes sino los huesos mondos y lirondos.... ¡Y conversando con nosotros de igual a igual... ¡A Aurora no me le hace el asco nadie!.. ,. ¡Nadie!

## TELON

**NOTA.** – *En el caso de que se monte la obra sin música, los dos primeros cuadros pueden fundirse en uno solo. El empate se hace en la forma siguiente:*

ALVARO. – ¿Se dio la cosecha, padrino?

ZANDALIO. – ¡Quinientas cargas!.. Vengan les muestro... ¡El campo tiene también sus encantos !

(*Aparece al fondo CALANSANCIO encabezando el grupo de campesinos*).

CALANSANCIO. – ¿ A qué hora son los pagos, patrón?

ZANDALIO. – Lo dejamos para un poco más tarde... Ahora tengo visita...

(*Salen por la izquierda ZANDALIO, EDUVIGIS, ALVARO, LULU, MARCOS y AURORA*).

(*En el momento en que los campesinos van a retirarse de nuevo, les cierra el paso GALEANO*).

GALEANO. – ¡Un momento, señores! ¡Un momento!. Se van cuando vengo a traerles... etc.

*También es posible, con el mismo empate, fundir los dos cuadros en uno solo y bailar el bambuco en el primer decorado, cuando haya dificultades de tramoya.*

## ACTO SEGÚNDO

### CUADRO TERCERO

*Sala en casa de don ZANDALIO, en un barrio residencial de Bogotá. Puerta a la izquierda del apuntador, balcón a la derecha y arcada practicable al fondo,*

*Al levantarse el telón, AURORA arregla un florero. Al oír el teléfono, acude a contestar.*

*En escena AURORA.*

AURORA. – (Al teléfono). ¿Aló?... No, señor... Está completamente equivocado... Le repito que está equivocado... No, señor; aquí no hay ningún manicomio... Esta es la residencia particular de la familia de Tijaro... No tenga cuidado... A sus órdenes...

(Entra GALEANO en traje de ciudad).

GALEANO. – Usted, señorita Aurora, entregada siempre a la estética... ¡Muy bien! ¡Muy bien!

AURORA. – No me satisface bien el color de estos claveles. No juegan con los muebles.

GALEANO. – Pero interviene usted y todo se armoniza... ¡Todo!... Usted da la modalidad imperante.

AURORA. – Hágame un favor don Galeano.

GALEANO. – ¡Un millón!

AURORA. – Ayúdeme a cambiar de sitio este sofá. Es allí donde queda bien.

GALEANO. – (Ayudando al traslado). Si, ahí queda más confidencial: como un nido.

AURORA. – (Al balcón). ¡Lástima que no hubieran comprado más bien la casa de arriba, junto al tranvía!

GALEANO. – Esto va a valorizarse muchísimo... La ciudad se vendrá para acá, en vez de que sean ustedes quienes van a buscarla... Por eso influí para que don Zandalio prefiriera este chalet.

AURORA. – ¡Pero es tan fastidioso estar viendo a toda hora ese caño sucio...! Y a

veces huele tan mal!

GALEANO. -Ahí está el secreto. Las gentes huyen de las aguas negras, porque ignoran que está próxima la canalización, y que por ahí pasará una avenida de cincuenta metros de anchura, que baja hasta...Suba... En tanto, esos hálitos no hacen daño. Más bien inmunizan contra el tifo.

**(Entra EDUVIGIS por la izquierda, con bata y marrones, haciendo un ruido feroz con la barredora eléctrica).**

AURORA. – ¡Uy, mamá! ¡Qué ruido!

EDUVIGIS. – ¿Quién te está pidiendo opinión?

AURORA. – ¡Deja que hagan eso las sirvientas!

EDUVIGIS. – ¿Por qué, si a mí me gusta?

AURORA. Pero, ¡todo el día en el mismo trajín! ¡Ay, mamá, por favor! ¡Me pones nerviosa!

EDUVIGIS. – Ponte todo lo nerviosa que quieras.

AURORA. Además, si llega alguien, da vergüenza que te encuentren en esa facha

EDUVIGIS. – Ya voy a acabar.

**(Sale EDUVIGIS por el foro izquierdo, o por donde entró).**

AURORA. – ¿Dónde pondría yo la crema de las manos?... Se me olvida guardarla y la sirvienta de adentro me la acaba en un momento.

GALEANO. – ¿No es ésta?

AURORA. – Sí, gracias... Mire, don Galeano, cómo se me han despercidido.

GALEANO. – ¡Son otras... Piden que no se las deje tan solas... Les vendría bien una joya aunque fuera.

AURORA. – No sé por qué; las joyas no me llaman la atención.

GALEANO. – ¡Ah! ¡Son indispensables! ¡Como la casa! ¡Como los muebles que les ayudé a escoger!... Una joya bien puesta es lo mismo que una llave universal: abre todas las puertas... Creo que una esmeralda de montura moderna para ese dedo... Voy a llevarla a un sitio que conozco, donde me hacen concesiones especialísimas,

AURORA. – Lo que estoy tentada a pedirle a papá es una abrigo de pieles como

el de Lulu, de zorro plateado.

GALEANO. – Si quiere, vamos esta tarde a la peletería. ¡Allá mismo, donde la acompañé a comprar los vestidos. ¡Hay bellezas! ¡Y a precios increíbles!... Basta que la vean conmigo, para que sepan que no pueden abusar.

(*Regresa EDUVIGIS con la barredora*).

EDUVIGIS. – Ya están el comedor, el otro salón y dos alcobas...

GALEANO. – Se lo había dicho yo, mi señora Eduvigis, cuando fuimos a comprar la escoba. ¡No hay como la electricidad! Un aparato de estos no come, no bebe, no duerme, no sale los domingos, no se insolenta, no se roba nada, no tiene primos en la policía, no saca boleta en la oficina de trabajo, hace todo el aseo en media hora, y vale menos que el sueldo anual de una criada,

EDUVIGIS. ¡Ay, si se pudiera electrocutar todo el servicio.

GALEANO. – ¡Para allá vamos! ¡Para allá vamos!... Hoy le traen la nevera, la estufa, la lavadora, la tostadora, la fregadora, la cortadora, la irrigadora, la... ¿Y cómo les pareció el radio que les escogí?

EDUVIGIS. – ¡Lindísimo!... Pero, ¿sabe que la plancha no funciona?

GALEANO. – Raro: porque la marca es de lo mejor que encontré en Bogotá... Debe ser el enchufe... Voy a examinarlo.

EDUVIGIS. – Antes de eso, Don Galeano, hágame un favorcito, usted que es tan servicial.

GALEANO. – ¡Supóngase! ¡Servir! ¡Esa es mi profesión!... Y a usted, ¡supóngase!

EDUVIGIS. – Ayúdeme a poner en su sitio este sofá... No sé por qué lo viven quitando de ahí...

AURORA. – (*Se sienta en el sofá, manicurándose*).

EDUVUGIS. – ¡Levantate!

AURORA. – Pero mamá: ¿no comprendes que en ese sitio queda cursi?

EDUVIGIS ¡Cursi! ¡Ahora vas a resultar sabiendo más que yo!... ¡Pues ya dije que ahí y se acabó el cuento... ¡Arriba! (*Levanta el mueble por un lado*).

GALEANO. – (*Ayudando*). Como usted disponga... Vamos a ver ahora qué le sucede a la plancha eléctrica... Si no sirve, que nos la cambien.

EDUVIGIS. – ¡Usted si es para todo, Don Galeano!

GALEANO. – Gracias... Muy formal... Tratándose de usted, ¡supóngase!

(Sale **GALEANO**).

EDUVIGIS. – (Al balcón). Mandé a la sirvienta de adentro a la botica y se quedó allá.

AURORA. – ¡Es imposible ya con esa mujer! Le di también para que me comprara los bizcochos del té, y va a llegar la visita primero.

EDUVIGIS. – Y lo peor es que está echando a perder a Encarnación. ¡Tan respetuosa que era la india en El Paraíso! Y desde que se puso botines y se hizo rosquitas, no hay quién la aguante.

(**Entra MARCOS por la izquierda**).

MARCOS. – Mamá: ¿me das para un taxi?

EDUVIGIS. – ¡Ya vas a callejear!

MARCOS. – Por acabar una tarea se me hizo tarde para entrar a clase. Y si me voy a pie...

EDUVIGIS. – (A **AURORA**). Llévalo en tu carro.

AURORA. – (Sin dejar de manicurarse). Papá le tiene ordenado que al colegio se vaya siempre a pie.

MARCOS. – Me ponen falla.

AURORA. – Además, no tengo aquí el carro. Y aunque lo tuviera.

EDUVIGIS. – Déle entonces la llave para que vaya a buscarlo. No sea egoísta.

AURORA- ¿Para que me lo estrelle? ¿O para que vuelva a la madrugada?

EDUVIGIS. – ¡Lo mando yo!

AURORA. – ¡Aunque lo mande!! ¡Pues no! ¡El carro es mío!

EDUVIGIS. – ¿Qué es esa altanería? ¡Mírenla! ¡Le aprendió al servicio!

AURORA. – (Burlona). Que aprenda primero a vestirse, y después piense en manejar automóvil... Míralo: lleva afuera la falda de la camisa.

EDUVIGIS. – (Yendo a arreglarlo maternalmente). ¡Tan desbaratado! ... ¿Y esto qué es?... (Hala y saca un traje de mujer).

AURORA. – ¡Mi bata! ¡La que andaba yo buscando esta mañana!

EDUVIGIS. – ¿Por qué la llevas ahí?

MARCOS. – No sé. Se me enredó, talvez...

EDUVIGIS. – ¡qué muchacha!

AURORA. – ¿Lo ves? ¡Y tú echándoles la culpa a las sirvientas de todo lo que se me pierde! ¡Y el ladrón es él!

EDUVIGIS. – ¿Qué es ese vocabulario? ... (**Esculcándoles los bolsillos**). ¿Y esto qué es?... ¿Los cubiertos del comedor también?

AURORA. – ¿Te convences?

MARCOS. – Es que... vamos a hacer un picnic estudiantil.

EDUVIGIS. – Pero con mis cubiertos no. . . ¡No faltaba más!

AURORA. – ¡Ladrón! ¡Ratero! (**Echa mano a la bata**).

EDUVIGIS. – (**Rapándosela**). ¿Qué es eso?... Marcos: llévate el traje y rómpelo con los cuchillos... Vuélvelo pedazos, para que ella aprenda a ser hermanable.

AURORA. – Si: ¡tápale las vagabunderías!

EDUVIGIS. – Como sigas rezongando, le digo que se lleve todo lo que hay en tu armario.

AURORA. – (**Zapateando**). Se lo voy a decir a papá,

EDUVIGIS. – ¡Ojala le digas una sola palabra !¡Te cuesta caro!... ¡Miren a la gatita furiosa... ¡Y esto es a los tres meses no más de vivir en Bogotá! Cuando la nombren reina de estudiantes, me pega.

MARCOS. – (**Sale por el fondo con el traje, haciéndole a AURORA señas burlonas**).

EDUVIGIS. – (**Saliendo por la izquierda con su escoba**). ¡Cuidadito con las quejas a tu papá; porque con esto mismo te bajo los humos! ¡Aunque se rompa!

AURORA. – (**Zapateando**). ¡Me da rabia.

(**Entra por el fondo LUCERO, la sirvienta, con varias piezas de ropa nueva**).

LUCERO. – Señorita.

AURORA. – ¡Para qué se tardó tanto?

LUCERO. – Hace rato que llegué, señorita.

AURORA. – ¿Dónde estaba, entonces?

LUCERO. – Escogiendo un poco de ropa que vinieron a vender a la puerta... Dígame, señorita Aurora: ¿será caro todo esto en cincuenta pesos?... Di cinco, y lo demás me lo van cobrando poco a poco.

AURORA. – .¿Y qué más tiene?

LUCERO. – ¿Le digo que suba?

AURORA. – Sí.

LUCERO. – (*Al balcón*). ¡Oiga... . ¡Oiga... . ¿Que suba, si!

(*Sale LUCERO, Se oyen los pasos lentos de OSIAS, cuando sube la escalera... En seguida entra el típico comerciante callejero con su fardo, seguido por EDUVIGIS y LUCERO*).

OSIAS. – (*Con acento de judío alemán*). Sí, señora: cortinas, cojines, edredones, vestidos extranjeros, ropa interior, fajas y sostenes y otros artículos íntimos para señora de seda.

EDUVIGIS. – ¿Limpiones no trae?

OSIAS. – Se le pueden conseguir... También medias inrrompibles... También calzado de fantasía a la medida. , . También sombreros. Mire, señorita, este pantalón como para usted... ¡Seda de gusano! ¡No se siente!

EDUVIGIS. – ¿Esta carpeta cuánto vale?

OSIAS. – Traída especialmente de Bagdad, por la vía de Roma... Ahora no se consiguen... ¡Cien pesos!... Precio especial.

EDUVIGIS. – ¿Cien pesos? ... No, no no, no... ¡Ni hablemos!

OSIAS. – No discutamos... Ochenta... ¿Sesenta? ... Usted da ahora cinco pesos... Cuatro... Tres... Dos... Uno... No da nada y paga por semanas... Paga cuando tenga... Usted es cumplida y yo vengo siempre... Si no hay pesos, no hay disgusto... ¡Cincuenta pesos!

EDUVIGIS. – No, no, no...

OSIAS. – ¡Cuarenta pesos! ¡Tómela!... (*A AURORA*). Usted señorita: ¡Sus pantalones !

(*Entra GALEANO por la izquierda*).

GALEANO. – Ya está arreglada la plancha, mi señora Eduvigis.

EDUVIGIS. – Don Galeano: usted que sabe de todo, dígame: ¿será cara esta carpeta en treinta pesos?

OSIAS. – ¡Cuarenta! ¡Cuarenta!

GALEANO. – ¡Pero mi señora Eduvigis!...

OSIAS. – Treinta y ocho...

GALEANO. – Ni en treinta, ni en veinte, ni en diez... Modere el descenso, recoja sus cosas, Y ¡carrera mar!... Aquí se compra todo en el centro y de riguroso contado.

OSIAS. – Pues si pagan de contado, podría...

GALEANO. – Recoja sus cosas, mi querido amigo. No pierda tiempo. Soy el experto de esta familia, y aquí no venderá usted ni una hilacha.

OSIAS. – Puedo ofrecerles precios que...

GALEANO. – Nunca serán tan bajos como los que yo consiga... Desengáñese, que estamos hablando de igual a igual,

OSIAS. – Podría traerles también aparatos eléctricos.

GALEANO. – ¿Aparatos eléctricos? ... Ya está completamente electrizada la casa bajo mi dirección... Haga lo que le digo: pase a otro sector. Esta es zona prohibida, esta completamente nacionalizada! ¡Colombia, para los antioqueños!

OSIAS. – Tengo también ropa como para usted... Si el señor prefiere...

GALEANO. – Prefiero sacarlo por la ventana si no toma usted la vía de la escalera.

OSIAS. – Pero...

GALEANO. – (*Amenazante, con énfasis y mechón sobre la frente*). ¡Heil Hitler!

*(Osías sale a toda prisa, como si le hubieran hecho al diablo la señal de la cruz: y se oye el estruendo al bajar él a tumbos la escalera).*

EDUVIGIS. – ¡Pobrecito!

GALEANO. – No se commueve, mi señora Eduvigis. Había que cortar por lo sano.

EDUVIGIS. – Pero... ¡si no estaba caro!... ¡Y con tantas facilidades!

GALEANO. – No es cuestión de precios. Aunque lo barato sale caro. Ya irá usted conociendo todos estos escollos de Bogotá... ¡Nos están arruinando el comercio!... ¿Vamos a probar la plancha, mi señora Eduvigis?

EDUVIGSS. – Vamos, sí...

GALEANO. – Échelle, pues...

**(Salen por la izquierda GALEANO y EDUVIGIS).**

LUCERO. – Yo sí me quedo con lo que compré... Como no puedo vestirme al contado... Acabaré de pagarle el año entrante... si estoy aquí... ¡Aunque esos le siguen a uno la pista hasta el fin del mundo!

**(Sale LUCERO por la izquierda y entra por el foro ZANDALIO, en traje de ciudad, con guantes y bastón).**

ZANDALIO. – **(Muy bravo).** ¿Dónde está Marcos? ¿Dónde está Marcos?

AURORA. – ¿Para qué lo necesitas?

ZANDALIO. – ¡No ha ido al colegio en todo el mes! ¡Y pidiéndome a diario para libros, y diciendo que tiene que ir a hacer consultas a no sé qué servicio nocturno de la biblioteca!

AURORA. – ¡No te exasperes, papá! ¡Ya lo conoces!

ZANDALIO. – ¡Pero conmigo no juega! ¿Dónde está?

AURORA. – Salió hace rato.

ZANDALIO. – ¡Claro! ¡Y llegará a la madrugada! ... ¿Y a tí qué te pasa, que tienes los ojos hinchados?

AURORA. – Es que mamá...

ZANDALIO. – ¡De acuerdo! Le está sentando el clima mejor de lo que pudiera suponerse. El reumatismo se le ha convertido en un deseo loco de dar coses... Por añadidura, a las seis de la mañana pone a relinchar la ametralladora esa que compró... **(Cordial).** Pero no te afanes. Te traigo el remedio.

AURORA. – ¿Que papá?

ZANDALIO. – Adivina.

AURORA. – ¿Un anillo?

ZANDALIO. – De veras .no se me había ocurrido. Faltan anillos en esas

manecitas... Que te acompañe Galeano a comprar uno como el de LULU... Pero la sorpresa es otra: ¡ahí están los Quinche!

AURORA. – ¿Donde?

ZANDALIO. – Los traje para que conocieran la casa y se quedaran con la boca abierta. Cayeron en manos de Eduvigis; y como ella cree que lo más importante es la cocina, para allá se los llevó...

LULU. – (*Atristada*). ¡Aurora!

AURORA. – ¡Cuanto gusto de verlos por acá!... ¡Pero te noto muy pálida. ¿Has estado enferma?

LULU. – No me siento bien.

ALVARO. – ¡Bellísima está la residencia!

LULU. – ¡Y qué lindos muebles!....¡Y la vajilla de plata del comedor es una divinidad!

ZANDALIO ¡Lastima que no puedan venir a estrenar los cuartos de huéspedes!

AURORA. – ¿por qué?

ALVARO. – . – Sí. Papá esta algo mal. Y a Lulú no le ha sentado muy bien esta vez la tierra fría.

ZANDALIO. – Se van para la finca.

AURORA. – ¡eso veo .¡qué lástima!... Me hubiera encantado que pasaran una temporada con nosotros, como en la otra casa.

ALVARO. – A nosotros también,

ZANDALIO. – Pero es mejor que se vayan a acompañar al compadre, si está enfermo... ¡Bastante bregó para educarlos!

ALVARO. – No nos demoramos porque... Tengo que hacer varias diligencias de viaje.

ZANDALIO. – ¡Llévalos Aurora! ¡Llévalos en tu carro! Ya maneja muy bien.

AURORA. – Lo están componiendo, papá.

ZANDALIO. – ¿Otra vez?

AURORA. – Me atropello un taxi.

LULU. – Es que andan como locos.

ZANDALIO. – Pero hijita: con un choque de esos al día, dentro de poco las composiciones van a valer más que el chéchere... ¿Vio la alcoba de Aurora, Lulú?

LULU. – Todavía no.

ZANDALIO. – Vamos, vamos allá... Pero no crea que todos los retratos que tiene en las paredes son novios... Es que ella vive coleccionando cantíflases y negretes... y todo eso.

(*Salen LULU y ZANDALIO por la izquierda*).

AURORA. – ¿Te vas entonces?

ALVARO. – Y me doy cuenta de la frialdad con que me lo preguntas...

AURORA. – Nosotros iremos en diciembre, a pasar vacaciones.

ALVARO. – Dio un vuelco la vida. Ahora el campesino seré yo. Tú en cambio te adaptas tanto a este medio, que hasta me miras con cierto desprecio.

AURORA. – (*Fríamente*). ¿Desprecio? No. ¿Por qué?

ALVARO. – Supieras que me voy con una ilusión...

AURORA. – ¿Cuál?

ALVARO. – Que llegue diciembre, para volver a verte allá, entre tantas cosas que nos son queridas a los dos y que talvez, por eso mismo, nos acerquen de nuevo.

AURORA. – ¡Muy agradable, pasar con ustedes unos días!

ALVARO. – Aurora: ¿si yo le dijera a tu papá que... cuando llegue diciembre... allá entre nuestros cafetales, entre nuestras gentes, entre los naranjos donde jugábamos de niños... todo eso que ahora, con el miedo de perder a papá, comienzo a querer intensamente...

AURORA. – Si le dijeras qué?

ALVARO. – Aurora: ¿por qué no volvemos a ser como antes?

AURORA. – ¿No fuiste tú quien cambió?

ALVARO. – ¿Y ahora te desquitas?

AURORA. – No, Alvaro... Yo te estimo... ¡Pero pueden suceder tantas cosas de aquí a diciembre!

ALVARO. – ¿Estás enamorada de otro?

AURORA. – Cambiemos el tema... ¿Quieres ver el resto de la casa?

ALVARO. – ¡No sabes cuánto me duele tener que separarme ahora de tí!

AURORA. – (**Evadiéndolo, burlona**). ¿De veras?

ALVARO. – Aurora: prométeme que, si cuando regrese...

AURORA. – ¡Vamos, vamos!...

(Sale AURORA por la izquierda y ALVARO la sigue Por el fondo entran LUCERO y después CALANSANCIO).

LUCERO. – Siga para acá.

CALANSANCIO. – (**Mirando todo con sorpresa**). ¿No se irá a ensuciar nada?

LUCERO. – El doctor me dijo que lo hiciera entrar a la sala.

CALANSANCIO. – (**Asustado**). ¿Cuál doctor?... ¿No es esta entonces la casa donde vive el patrón Zandalio?

LUCERO. – ¡Pues él! (**Hacia la izquierda**). ¡Aquí está, doctor!

(**Entra ZANDALIO por la izquierda**).

ZANDALIO. – ¡Te he dicho que no soy doctor!

LUCERO. – Como en otras casas donde he estado se calientan si no se les dice así...

(Sale LUCERO por la izquierda).

ZANDALIO. – ¡Ola, Calansancio!... ¡Casi no llegas!

CALANSANCIO. – ¡Cómo hubo tanto inconveniente!

ZANDALIO. – Te esperaba desde hace cuatro días.

CALANSANCIO. – Fue la demora, porque... como se robaron unas cargas de café puel camino...

ZANDALIO. – ¿En tus barbas?... ¡Pero te estás volviendo idiota!

CALANSANCIO. – Ahí se puso el denuncio; pero eso qué... Escriben y escriben y hay que decirles hasta quienes jueron los agüelos di uno... ¡Pa nada; porque ahí

sí que...!

ZANDALIO. – ¿Y qué hay por la finca?

CALANSANCIO. – Pues... echándolo de menos, patrón.

ZANDALIO. – ¿Qué noticias?

CALANSANCIO. – Pues no del todo güeñas... L'otra noche que se robaron tres reses... También se puso el denuncio; pero eso qué: ni las pezuñas... Y luego, como en el hato se murieron cinco vacas... Y una que iba a tener cría... Y a los terneros que les ha entrado una enjemedá que llaman... ni ya me acuerdo.

**(Entra EDUVIGIS por la izquierda).**

EDUVIGIS. – Calansancio: ¡pero esto no es posible! ¿Cómo me salen ahora con sólo veinte docenas de huevos, cuando yo recogía por lo menos cuarenta en la semana?

CALANSANCIO. – Yo no sé qué será que no han puesto más... Desde que mi señora se vino...

EDUVIGIS. – ¡Ah, sí! ¡Ahora me quieren hacer creer que yo era la que hacía poner las gallinas, que yo era el gallo!

CALANSANCIO. – Como las tenía tan cuidadas... Tamién jue que en el camión me hicieron tortilla un canasto... Y como les dio una peste que se murieron más de cincuenta...

EDUVIGIS. – ¡Mis gallinas! ¡Se me puso .'¡Pero qué descuido tan grande!

CALANSANCIO. – Como no es uno el que inventa las enjemedades...

ZANDALIO. – Bueno: deja tus gallinas. ¿Cuántas cargas de café llegaron al fin y al cabo?

CALANSANCIO. – Jue que... como hubo tamién tanto aguacero ... que no se pudo aprovechar bien la mitaca...

ZANDALIO. – ¡Te pregunto cuántas cargas!

CALANSANCIO. -- Ahí está el apunte y el cheque que le mandan.

ZANDALIO. – ¡Pero esto es una miseria!

EDUVIGIS. – ¡Lo que más me enfurece son mis gallinas!

ZANDALIO. – ¿Pero cómo se te ocurre que tenga más importancia una gallina que una carga de café..... Además, que se mueran unas cuantas gallinas no es

motivo para levantar la casa a gritos habiendo visita, ¡Qué dirán los Quiche?... ¿No ha ido por allá el compadre Quinche, como se ofreció?

CALANSANCIO. – Andaban con el cuento de que talvez de este mes no pasaba.

EDUVIGIS. – ¡Por todos los santos!

CALANSANCIO. – Como se cayó de la bestia y se rompió unas costillas... Y le han güelto las jiebres palúdicas... Y tiene una tosedera que casi se hoga...

ZANDALIO. – ¡Con razón!... ¡Pobre compadre!... (A **EDUVIGIS**). No hay que alamar a los muchachos... Como ya se van para allá...

(**Entra GALEANO por el fondo**).

GALEANO. – ¡Ola, Calansancio!

CALANSANCIO. – (**Sorprendido**). ¡Don Galeano!

GALEANO. – ¿Qué hay por allá?

CALANSANCIO. – Una de enjermedades, que don Galeano ya está haciendo jalta.

GALEANO. – Dejémoslas prosperar un poco más, para no ir a perder mucho tiempo.

EDUVIGIS. Pase, pues, a la cocina, Calansancio, para que se tome una sopita.

CALANSANCIO. – Y bastante hambre que está haciendo... Con permiso...

(**Salen por la izquierda CALANSANCIO y EDUVIGIS**).

GALEANO. – ¿Llegó el maná?

ZANDALIO. – ¡Un desastre. ¡Dos mil pesos nada más, cuando yo esperaba el doble! Como el compadre no ha podido ir a vigilar...

GALEANO. – Repararemos el daño, don Zandalio. Duplicaremos eso. Lo que no da el surco, lo dará el fisco.

ZANDALIO. – Además, ese hombre me está robando de una manera descarada. Tendré que cambiar de mayordomo y hacer un viaje.

GALEANO. Yo puedo atenderle aquí en tanto todos los asuntos y...

ZANDALIO. – ¿Y cómo cree usted que esto pueda duplicarse. Porque, de lo contrario, voy a verme en apuros.

GALEANO. – Se queja usted de que sólo recibe dos mil pesos; y la generalidad de bogotanos vive, no digo al día, sino con quince días de retraso... ¡Pues a comprar nominas!

ZANDALIO. – ¿Qué mercancía es esa?

GALEANO. – ¡Sueldos, don Zandalio, sueldos! Como esta es tierra de burócratas desequilibrados, saca usted de apuros a los más urgido... Módico diez por ciento quincenal... A las dos semanas se cobra usted por la derecha... Si es necesario, le da su propinita al pagador para que se interese en el negocio e impida los fraudes... Se establece así un fondo... ¿cómo se dice ahora?... ¡Rotatorio! Y qué petróleo, ni qué oro, ni qué monopolio de víveres... Me deja usted actuar, espera aquí sentado,

ZANDALIO. – Pero... ¿Y los clientes?

GALEANO. – En cuanto ofrezcamos el primer préstamo, tendremos que ocultar la dirección de la casa... A lo mejor, ya nos están oyendo.

(*Entran por la izquierda ALVARO, LULU y AURORA*).

ZANDALIO. – Les gustó todo?

ALVARO. – ¡Bellísimo, padrino!... ¿Le trajo el mayordomo alguna noticia de papá?

ZANDALIO. – Que te está esperando... ¡Me gusta ese afán! ¡El compadre no tiene hijos ingratos!

ALVARO. – Los dejo ya... Mañana vendré a despedirme.

ZANDALIO. – ¿Y por eso se te aguan los ojos? ¡Miren, miren, ¿Tanto quieras a Bogotá? Pronto volverás... Y nosotros iremos allá en diciembre... Ahora, a ser hombrecito. ¡A cuidarle al viejo los últimos días!

ALVARO. – ¿Vienes, Lulú?

LULU. – . – Me quedo un rato más, con Aurora.

ZANDALIO. – Me das vuelta por la finca, mientras yo voy por allá. Eso anda manga por hombro.

ALVARO. – Iré con la mayor frecuencia posible, padrino... La cuidaré como cosa propia,

ZANDALIO. – Y si hay que ponerse allá los calzones en su puesto, pues te los pones... ¡Como patrón!

(*Salen ZANDALIO y ALVARO por el foro*).

LULU. – (*Yendo al balcón*). Ven acá.

AURORA. – No te aconsejo que te asomes. Lo único que no hay ahí todavía es calle,

LULU. – Quiero ver a Álvaro.

AURORA. – ¿Se te olvidó decirle algo?

LULU. – No. Quiero verlo cuando salga... Verlo doblar la esquina... Quizá sea por última vez.

AURORA. – ¿Por última vez?... ¡Y lo dices en un tono... ¡A ti te sucede algo raro!

LULU. – ¡Algo espantoso!

AURORA. – ¿Qué?

LULU. – (*Mirando la calle*). ¡Tan tranquilo que va el pobrecito. ¡No sospecha la pena que voy a darle... (**Moviéndole la mano**). ¡Adiós!

AURORA. – ¡Me asustas!

LULU. – (*Impetuosa*). ¡Quiero contártelo todo!... Vine a contártelo!... Aurora: yo no puedo irme de Bogotá.

AURORA. – ¿Por qué?

LULU. – Siento un miedo atroz de que papá se muera sin estar yo a su lado. Sin embargo, tengo que quedarme acá.

AURORA. – ¿Problema amoroso?

LULU. – Sí Y eso va de seguro a matar a papá muy pronto... Pero no puedo irme. ¡Imposible!

AURORA. – Ve a verlo, y regresas luego a pasar una temporada con nosotros. Alternas, aquí y allá.

LULU. – ¿vivir con ustedes?. ¡Menos!

AURORA. – ¿Qué locura vas a hacer, Lulú?

LULU. – ¡Ay, hija! ¡Por mal de mis pecados, ya la hice! ¡Ya la hice!

AURORA. – (**Aterrada**). ¿Qué?

LULU. – Es más grave de lo que sospechas... ¡Me casé a escondidas esta

mañana!

AURORA. – ¡Qué barbaridad! ¿Y por qué a escondidas?

LULU. – Porque de otra manera no nos hubieran dejado casar ni a él ni a mi... Y porque además... (**Le habla al oído**).

AURORA. – ¡Uy!

LULU. – ¿qué harías tú en mi caso?

AURORA. – (**Aterrada**). ¿Yo?... ¡Ni Dios lo quiera!

LULU. – ¿Qué harías?

AURORA. – No sé... ¿Y quién es él?

LULU. – No lo conoces... ¿Qué importa el nombre?

AURORA. – ¿Y te querrá?

LULU. – Parece que sí.

AURORA. – ¿No irá a abandonarte de pronto?

LULU. – Mi suerte está echada... Me voy.

AURORA. – No. Todavía no. Acompáñame aunque sea esta tarde. Quién sabe si no volveremos a vernos en mucho tiempo.

(**Entra LUCERO**).

LUCERO. – Señorita Aurora ¡ya está ahí!

AURORA. – ¿Eduardo?

LUCERO. – Se está bajando del carro y quitando los limpiabrisas.

LULU. – Me voy.

AURORA. – No. Espérate. Tomas el té con nosotros.

LULU. – ¿Un novio?

AURORA. – No. Un amigo... (**A LUCERO**). ¡Limpia, por favor ese pegote de barro que dejó ahí Calansancio!... ¡Qué ocurrencia la de papá, hacerlo entrar a la sala!

LUCERO. – (**Obedeciendo**). ¿Les sirvo el té ya?

AURORA. – ¿Está listo?

LUCERO. – Sí, señorita.

AURORA. – Lo traes cuando te avise... Y dile a mamá que le suplico no se vaya a presentar como de costumbre: hecha un esperpento.

LUCERO. – Voy, señorita.

(Sale **LUCERO por el foro**).

LULU. – Me voy, me voy...

AURORA. – ¡Quédate!

LULU. – ¡Me haces sufrir más; porque pienso en Álvaro que te quiere tanto!

AURORA. – Verás que simpático es.

(**Entra EDUARDO por el foro, Es un mozo poco más que veintenario, muy bogotano, muy social, muy bien tenido... LUCERO le recibe el sombrero y los guantes**).

EDUARDO. – Muy buenas tardes.

AURORA. – ¡Eduardo!

EDUARDO. – ¡Tan agradecido de su invitación!... Sólo que estoy un poco retrasado, no? (**Mira el reloj de pulsera**)... ¡Y no!... Treinta y tres minutos nada más: son las cuatro y treinta y tres... (**Mirando a LULU**). ¡Señorita!... ¿Su hermana?

AURORA. – Una amiguita.

EDUARDO. – ¡Tanto gusto !

AURORA. – ¡Siéntese, Eduardo!

EDUARDO. – (**Sentándose en el sofá, entre las dos chicas**). ¿Su mamá, bien?... ¿Su papá bien?... ¿Todos bien?

AURORA. – Muy bien, gracias.

EDUARDO. – Maravilloso, el cóctel de ayer, no?... ¡Bailamos como tan sabroso!... ¡Y el trago estuvo brutal... ¡Chinas chirriadísimas!... ¿Pero usted se vino como muy temprano, no?

AURORA. – Cosas de mamá.

EDUARDO. – Fue lástima... Un poco deficiente la orquesta, ¿no le pareció?... Pero es que ahora son como tan malas las orquestas... como tan incompletas...

AURORA. – ¡Yo estuve tan contenta!

**(Pausa larga).**

EDUARDO. – (*Después de mirar a una y otra*)... Y... ¿qué han hecho?

AURORA. – ¿Nosotras?... Pensarlo... ¿Y usted?

EDUARDO. – Pues... también pensarlas, no?

**(Otra pausa).**

AURORA. – Lucero: tráiganos el té.

LULU. – Voy a ayudarle.

AURORA. – No te molestes.

**(Entra LUCERO con mesita rodante y hace el servicio mientras LULU se retira discretamente).**

EDUARDO. – ¡Pero para qué se puso a molestarse!

AURORA. – (*Sirviéndole el té*). ¿Lo toma con leche?

EDUARDO. – Sin leche... Yo me acostumbré en Inglaterra a tomar el té sin leche... Es aquí donde acostumbran a tomarlo con leche.

AURORA. – ¿Un sandwich?

EDUARDO. – No, gracias. Prefiero un triz de limón.

AURORA. – Lucero: un limón.

EDUARDO. – Un tricitiquitico nada más...

AURORA. – Pongamos música... ¡Es tan desabrido un té sin música! (**Conecta el radio y tararea haciendo, eco**).

EDUARDO. – Tiene usted linda voz... ¿Usted canta?

AURORA. – Lo que oigo en el radio...

EDUARDO. En casa también cantan... Les encantan todas las canciones de

moda... Son como tan divertidas, no?

**(Si la intérprete canta en verdad, puede entonar, siguiendo el radio, este bambuco):**

AURORA. – ...

Van pasando mis tristezas como ovejas bajo el sol; unas blancas y otras negras, en igual ondulación...

Van pasando mis amores como nubes bajo el sol y en las zarzas del recuerdo escarmenán su vellón.

El negro de tus pasiones Unido al blanco de mis ensueños se fueron por el atajo buscando arrullos en el silencio; pero en mi alma brota el vacío que despierta un recuerdo ya tan lejano y adormecido.

EDUARDO. – ¡Todo delicioso! ¡Como cosa suya!

AURORA. – ¿Trajo el carro nuevo?

EDUARDO. – Sí. Y estoy muy contento de haberlo traído; porque el timón es más suave que el del modelo anterior... Y la ventaja de ser convertible, no?... Se aprieta un botón y baja la capota automáticamente y entra el aire... A mí me gusta mucho el aire... ¿A usted no le gusta el aire?

AURORA. – ¡A mí me fascina! ¡Me enloquece!

EDUARDO. – Por qué no salimos entonces a tomar un poco de aire? ... Pasamos, si usted quiere, por el golf?... Yo me habitué mucho al golf en Inglaterra... Es un juego como tan inglés, no?

AURORA. – No lo he jugado nunca.

EDUARDO. – Vamos entonces a bailar al cabaret nuevo... Es chusquísimo.

AURORA. – No sé qué dirá mamá.

EDUARDO. – Dígale que... le voy a dar otras leccióncitas de timón.

**(Entra EDUVIGIS, ataviada con pintoresca inexperiencia).**

EDUVIGIS. – ¡Don Eduardo! ¡Encantada de verlo por acá!

EDUARDO. – **(Muy ceremonioso).** ¡Mi señora!... ¿Su marido bien? ... ¿Usted bien?

EDUVIGIS. – Todos bien, a Dios gracias.

EDUARDO. – Sí. Eso me había informado ya Aurorita.

EDUVIGIS. – ¿Lo atendieron?... ¡Porque esta niña es tan loca!

EDUARDO. – Maneja ya muy bien... Le falta un triz más de entrenamiento en el retro.

EDUVIGIS. – Todos los días se estrella.

EDUARDO. – Precisamente le decía que si deseaba practicar ahora un triz...

AURORA. – (*Al balcón*). Mamá: compró otro carro. ¡Mira qué belleza!

EDUVIGIS. – ¿Y para qué necesita dos?

EDUARDO. – Es como un vicio no?

EDUVIGIS. – Pero no se vayan muy lejos.

AURORA. – Al parque, nada más, mamá... Aprovecho para pasar por el taller a ver si ya está listo mi carro.

EDUVIGIS. – ¿No sería mejor entonces que yo los acompañara?

AURORA. – ¡Ay, mamá! ¿Para un simple retro?

EDUVIGIS. – ¡Mucho juicio, entonces!

EDUARDO. – (*Despidiéndose*). Me hace el favor de saludarme a todos los de la casa.

AURORA. – Vamos, Eduardo...

(*La pareja va al foro y se encuentra con GALEANO*).

GALEANO. – ¿De paseo, señorita Aurora?... ¡Oh, don Eduardo!

EDUARDO. – Mucho gusto... Y con su permiso.

AURORA. – Vamos a practicar los cambios de velocidad.

GALEANO. – (Dominando su inquietud). Aja...

(*Salen EDUARDO Y AURORA por el foro*).

EDUVIGIS. – Don Galeano: ¿conoce usted a ese muchacho?

GALEANO. – ¡Cómo no! ¿A quién no conozco yo en Bogotá?

EDUVIGIS. – Qué tal es?

GALEANO. – ¡De muy buena familia! ¡De lo mejor!

EDUVIGIS. – ¡Se le ve, que es gente!

GALEANO. – ¡Y con esto! (**Le toca con los dedos la palma de la mano**). Porque debe saber usted que la buena familia se está volviendo aquí, más que asunto de herencia, asunto de bolsa.

EDUVIGIS. – ¡No me diga!

GALEANO. – El papá se enriqueció con un monopolio disimulado... Ahora los chicos se dan gusto... ¡Y son hasta generosos!

EDUVIGIS. – ¿Y serios?

GALEANO. – Siempre es mejor abrir él ojo... ¿Está enamorado?

EDUVIGIS. – Parece que sí. (**Se oye la bocina del automóvil**).

GALEANO. – Aja...

EDUVIGIS. – (**Yendo al balcón**). ¡Adiós! ¡Mucho juicio!

GALEANO. – ¡Un buen partido!

EDUVIGIS. – A mi me encantaría!

GALEANO. – Temple usted entonces la rienda.

EDUVIGIS. – ¿Estará mal que la haya dejado ir sola?

GALEANO. – Pues...

EDUVIGIS. – Pero, ¿si templo demasiado y se lo destierro?...

GALEANO. – Allá usted; pero...

EDUVIGIS. – ¡Ay, don Galeano! ¿Por qué no habrán inventado un aparato eléctrico para que estas cosas cuajen?

GALEANO. – Ya lo inventaron, mi señora.

EDUVIGIS. – ¿Cuál?

GALEANO. – ¡El automóvil!

EDUVIGIS. – ¿Habla usted en serio?

GALEANO. – Pero... ¡que no practiquen muy solos!... Conviene vigilarles las curvas y los cambios de dirección.

EDUVIGIS. – ¡Me asusta usted!... ¡Voy a acompañarlos!

GALEANO. – (Al balcón). Esta vez no hay remedio... ¡Ya arrancaron!

## TELON

### CUADRO CUARTO

*La misma decoración anterior, en la noche. En escena EDUVIGIS, y luego LUCERO.*

EDUVIGIS. – ¡Lucero! ¡Lucero!

LUCERO. – (**Fuera**). ¿Mi señora?

EDUVIGIS. – ¡Venga acá!, ¡Pronto!

LUCERO. – (**Entrando**). Mi señora?

EDUVIGIS. – ¿Dónde está la vajilla de plata?

LUCERO. – En supuesto.

EDUVIGIS. – ¡Puesto, no está en su puesto! ¡Ni las copas ni las bandejas! ¡Le he dicho que no me las saque nunca del comedor! Las limpia sobre la mesa y las vuelve a poner en el biffé y sobre las repisas.

LUCERO. – ¡Si ayer limpié todo!

EDUVIGIS. – - ¡Pero si esta mañana estaban ahí!

LUCERO. – Sí, señora. Yo también las vi esta mañana.

EDUVIGIS. – ¿Estaré soñando?... (**Sale por la izquierda y regresa**). ¡En el comedor no hay nada !

LUCERO. – ¡Ay, Dios Santo!

EDUVIGIS. – Entonces...

LUCERO. – ¿A que se las robaron?

EDUVIGIS. – ¡Se robaron mi vajilla de plata!... ¡Zandalio!... ¡Aurora!

LUCERO. – Todos están en la calle.

EDUVIGIS. – ¡Mi vajilla! ¡Figúrense! ¡Todas las economías del mercado y el

negocio de los huevos metidos ahí ¡Para que se desaparezca ahora en cinco minutos!

LUCERO. – Alguien dejaría la puerta abierta.

EDUVIGIS. – ¡Usted misma sería! ¡Pues la hago responsable!

LUCERO. – ¿Y a mí por qué, mi señora?

EDUVIGIS. – Porque usted debe estar pendiente de todo el que entra y sale.

LUCERO. – Como no soy la cerradura...

EDUVIGIS. ¡Insolente... ¡Me responde de todo! ¡Hasta de acuerdo estará con los rateros!

LUCERO. – Mi señora: no me falte al respeto.

EDUVIGIS. – ¡Ahora mismo le aviso a la policía!

LUCERO. – Si quiere le llamo al de turno, que es mi pariente,

EDUVIGIS. – ¡Basta de insolencias!

LUCERO. – ¿Y por qué me han de echar la culpa a mí? ... La señorita Aurora fue quien dejó la puerta abierta, cuando salió para vespertina.

EDUVIGIS. – ¡Pero no se quede ahí como una estatua! ¡Llame a la policía!

LUCERO. – Todavía no han compuesto el teléfono.

EDUVIGIS. – ¡Aunque lo hubieran compuesto! ¡Si es para hoy!... Iré yo... Ustedes no están aquí sino para que yo les haga todo. (**Sale enfurecida por el foro**).

LUCERO. – ¡Mi señora! ¿Cómo se va sin sombrero ni abrigo y con la noche tan fría?... ¡Ay, qué hago yo! (**Apela al teléfono en balde**). ¡Dañado todavía!

(**Entra GALEANO**).

GALEANO. – ¿Por dónde anda esa gente?

LUCERO. – Estoy sola,

GALEANO. – (**Malicioso**). ¿Sola?... (**Acercándosele**). Oye...

LUCERO. – (**Retirándolo**). ¿No se encontró con mi señora?

GALEANO. – No...

LUCERO. – Don Galeano: ¡se entraron los ladrones !

GALEANO. – ¡Y se robaron la vajilla de plata!

LUCERO. – ¿Cómo lo supo?

GALEANO. – Intuitivamente, Ellos comienzan siempre por ahí. Lo demás se va por añadidura.

LUCERO – Mi señora acaba de descubrir el robo y salió como loca, echándose la culpa?

GALEANO. – Mmmmm... ¿No sería tuya la culpa?

LUCERO. – ¿Mía por qué? ... ¡Que me esculquen, si quieren!

GALEANO. – ¿Doy principio a la investigación, (**se le acerca**).

LUCERO. – (**Evadiéndolo**). Voy a ver si falta algo más...

(Sale **LUCERO por la izquierda y entra AURORA muy afanada por el fondo**).

AURORA. – (**Alarmadísima**). ¡Don Galeano!

GALEANO. – Ya se... Ya sé... Creo que el asunto no tenga remedio.

AURORA. – (**Aterrada**). ¿Quién le contó?

GALEANO. – Lucero.

AURORA. – (**Aun más aterrada**). ¿Y ella cómo lo supo?... ¿Avisaron por teléfono?

GALEANO. – ¡A lo mejor! ¡Porque hasta allá va a veces el cinismo!

AURORA. – Pero... ¿de qué habla usted?

GALEANO. – ¡Del robo!

AURORA. – ¡Ay, Dios mío! ¡Pero si no fue robo!

GALEANO. – ¿No fue robo? ¿Dónde está eso entonces?

AURORA. – (**Llorando, muy nerviosa**). ¡A la vuelta de la esquina!

GALEANO. – (**Desconcertado**). En la calle?

AURORA. – Sí. En mitad de la calle,

GALEANO. – -Ahora soy yo quien pregunta de qué habla usted.

AURORA. – ¡Pues del automóvil!

GALEANO. – Ah, ya! ¡La vajilla está entre su automóvil!

AURORA... – ¿Cual vajilla?

GALEANO. – ¿Que enredo es éste? ... ¿Dónde esta su automóvil?

AURORA. – ¿El mío? En el garaje.

GALEANO. – ¿No acaba de decirme que a la vuelta de la esquina, en mitad de la calle?

AURORA. – (*Llorando*). Pero no el mío. El de Eduardo,

GALEANO. – (*Después de observarla*) ¡Cuajó!... ¿Y por qué llora?

AURORA. – (*Echándose en los brazos*). ¡Ay, don Galeano !

GALEANO . – (*Para sí*). ¡Aquí se perdió algo mas.

AURORA. – Supóngase, don Galeano, que Eduardo me convidó a pasear... Dije que me iba para vespertina... El me llevó fuera de Bogotá a una casa de...

GALEANO. – ¡De campo!

AURORA. – Sí... ¡Que no vayan a saberlo ni papá ni mamá!

GALEANO. – (*Afanado*). ¿Y qué hubo?

AURORA. – Yo vi que allí no había nadie... Me defendí como pude... Le quité las llaves del carro y arranqué antes de que él me alcanzara.

GALEANO. – ¡Muy bien!

AURORA. – (*Yendo al balcón*). El tomó otro carro y se vino detrás, persiguiéndome... Yo aceleré, pero casi me alcanza.

GALEANO. – ¡Como en película!... ¡Colombia films !

AURORA. – ¡Debe estar llegando!

GALEANO. – ¿Y las llaves del carro?

AURORA. – Las dejé prendidas.

GALEANO. – Voy a cerrarlo. ¡Y que me las pida a mí, para ponerle los puntos sobre las íes!

AURORA. – ¡Ni una palabra a papá!

GALEANO. – Yo arreglo eso... ¡El pelele no sabe en qué manos ha caído!... ¡Le va a costar más caro!

(*Entra LUCERO*).

LUCERO. – Señorita Aurora: ahí está don Eduardo.

AURORA. – ¡Que no entre!... ¡Don Galeano: que no entre!

GALEANO. – (A *LUCERO*). ¡Dele con la puerta en la cara!

LUCERO. – Dice que le manden las llaves del carro.

AURORA. – Que están prendidas... y lo dejé a la vuelta de la esquina.

GALEANO. – Y que si vuelve por acá, le aplico un retro que yo sé, hasta estrellarlo contra la pared de enfrente... Pero yo mismo iré a decírselo... y a buscar a doña Eduvigis.

(*Sale GALEANO por el foro*).

AURORA. – Pero ¿dónde está mamá?

LUCERO. – En la policía.

AURORA. – ¿Por qué en la policía?

LUCERO. – ¡Poniendo el denuncio!

AURORA. – ¿Cuál denuncio?

LUCERO. – Que se entraron los ladrones?

AURORA. – ¿A qué horas?

LUCERO. – Por culpa suya, señorita, porque dejó la puerta abierta al salir.

AURORA. – Pobre mamá... ¿Qué más se llevaron?

LUCERO. – Parece que su abrigo de piel, señorita; porque fui a revisar su cuarto y lo eché de menos.

AURORA. – ¡Ay, mi piel!

(*Entra ZANDALIO por el foro, con papeles en la mano*).

ZANDALIO. – (*Furioso*). ¿Dónde está Galeano?

AURORA. – (*Yendo a abrazarlo*). ¡Papacito!

ZANDALIO. – (*A LUCERO*). ¿Dónde está ese imbécil?

LUCERO. – Se fue detrás de mi señora.

ZANDALIO. – Sí, ya lo único que falta es que ellos también se' vayan todos los días para vespertina... y acaben por tirarse al Salto.

AURORA. – ¿Que te ha hecho don Galeano?.

ZANDALIO. – ¿Qué me ha hecho? ¡Es peor que Ali Baba!

AURORA. – ¿Por qué?

ZANDALIO. – ¡Cuarenta y cinco ladrones me ha traído!

LUCERO. – ¿Eran cuarenta y cinco?

AURORA. – ¿y cómo lo sabes?

ZANDALIO. – ¡Porque aquí están los recibos!

AURORA. – ¿Dejaron recibo? ¡Es el colmo !

ZANDALIO. – ¡Uno cada uno!

AURORA. – Francamente los bogotanos son muy sinvergüenzas.

ZANDALIOS. – ¡Unos grandísimos sinvergüenzas!

LUCERO. – ¿Firmaron también recibo por la piel de la señorita?

ZANDALIO. – ¿Cómo que por la piel de la señorita?

AURORA. – (*Revisando los papeles*). ¡Pero si esto son nóminas!

ZANDALIO. – ¡Claro! ¡Nómina!! ¡Es lo mismo! Compro todos estos sueldos, voy a cobrarlos, y resulta que ya los habían pagado... Pero, ¿dónde están Gaicano y Eduvigis?

LUCERO. – Poniendo el denuncio.

AURORA. – Fue que aquí también se entraron los ladrones.

ZANDALIO. – ¡Estamos a dos fuegos, pues!

AURORA. – Se llevaron mi piel y la plata martillada de mamá.

ZANDALIO. – ¡Y dejé abierta la caja de fierro !

(Corre ZANDALIO hacia la izquierda, seguido por LUCERO).

AURORA. – (Cayendo en el diván). ¡Se vino todo al tiempo!

(Entra EDUARDO por el fondo con la cara arañada).

EDUARDO. – Señorita.

AURORA. – (Levantándose impulsivamente). ¿Qué viene usted a hacer aquí?

EDUARDO. – A decirle que...

AURORA. – ¿Quién le abrió la puerta?

EDUARDO. – La encontré abierta... Y como el carro no está donde usted dice...

AURORA. – Allá lo dejé hace un momento.

EDUARDO. – Pues le repito que no está.

AURORA. – (Aterrada). ¿Se lo robarían también?

EDUARDO. – (Capcioso). Eso es lo que empiezo a sospechar, no?

AURORA. – Entonces... nada tengo que ver con eso. Ponga el denuncio.

EDUARDO. – Yo quería decirle... Que me doy cuenta de la situación, no?... Comprendo que caí en la trampa... En Nueva York me sucedió una cosa como parecida... Si denuncio el robo del carro, ustedes me denuncian a mí por tentativa de seducción... Lo mejor sería por tanto que arregláramos esto sin escándalo, no?... Póngale usted en un precio equitativo.

AURORA. – (Yendo a arañarlo). ¡Es el colmo!

EDUARDO. – (Sacando la chequera). Dígame cuánto y entréguele el carro... ¿Para qué me lo van a dejar tirado en un potrero, sin llantas?... Prefiero darles el valor de las llantas; porque son tan trabajosos los trámites del control...

AURORA. – ¡Atrevido!

EDUARDO. – ¿Para qué hacer más comedia, si yo sé perder?

AURORA. – (Yendo a la izquierda). ¡Papá!.. ¡Papá!

EDUARDO. – Sí... Arreglemos de una vez este asunto con su papá.

(*Entra ZANDALIO por la izquierda*).

ZANDALIO. – ¿Qué quieres? ¡Caballero!... (*Le hace una venia*)...

AURORA. – ¡Ese hombre me está faltando al respeto!

ZANDALIO. – (*Abalanzándose y agarrándolo por las solapas*). ¿A mi hija?

AURORA. – Y entró sin golpear... Debe tener llave del portón.

ZANDALIO. – (*Sujetándolo por la muñeca*). ¡Ah! ¡Pues aquí está entonces la punta del ovillo!

EDUARDO. – No hay objeto en que esto se vuelva molestia, ¿Para qué? Lo que le he dicho a la señorita es que...

ZANDALIO. – ¿Qué?

EDUARDO. – Que me fijen un precio... Pago lo que sea y se acabó?

ZANDALIO. – (*Con macabra ironía*). ¡Ah! ¿Sí?... Pues si estima usted en algo su vida, quiero ver aquí, sin pérdida de tiempo, dos docenas de copas de plata martillada, veinte bandejas de lo mismo, una caja de cubiertos, también de plata, con el monograma de la familia; la piel de la niña, y quinientos pesos que me hacen falta.

EDUARDO. – ¡Ah, no! ¿Tanto así?..., ¿Y cree usted que con todo eso no puedo comprar otro automóvil con llantas nuevas?

ZANDALIO. – (*Sacudiéndolo*). He dicho que,

EDUARDO. – (*Envalentonándose*). ¡Pues de mí no abusan entonces!

ZANDALIO. – (*A estrujones*). ¿Dónde están la vajilla, los quinientos pesos y la piel de Aurorita?

EDUARDO. – (*Entrando en riña*). ¿Dónde está mi automóvil?

ZANDALIO. – (*Sacándolo a patadas*). Se lo diré a usted en mitad de la calle.

EDUARDO. – Donde usted quiera...

AURORA. – ¡Papá!... ¡Así no ...

(*Sale ZANDALIO por el foro empujando a EDUARDO... Por el extremo*

*opuesto aparece GALEANO).*

AURORA. – ¡Don Galeano!

GALEANO. – ¿Qué pasa?

AURORA. – ¡Que lo mata!

GALEANO. – ¿Y qué quiere usted que yo haga?

AURORA. – (*Al balcón*)... ¡Mire!... ¡Lo mata!... ¡Lo mata!

GALEANO. – ¡Pues que lo mate!

AURORA. – Pero...

GALEANO. – (*Arrellanándose en un sillón*). Tranquilícese... Este país no se salva sino con treinta entierros de primera...

## TELÓN

### CUADRO QUINTO

*Juzgado de policía, a las diez de la noche. DON JUSTO atiende y resuelve los casos nocturnos... Entra un AGENTE con EDUVIGIS.*

*En escena: JUSTO, EDUVIGIS y el AGENTE.*

JUSTO. – ¿Qué sucede con la señora?

EDUVIGIS. – Sucede que en esta ciudad estamos indefensos; que la justicia no se ha hecho para servirle a la gente honrada, sino para ultrajarla.

JUSTO. – ¡Calma! ¡Deje usted las injurias a un lado! ¡Usted podrá ser una señora, pero yo soy aquí el juez!

EDUVIGIS. – Se me entran los ladrones, salgo a pedir auxilio, y me traen para acá a la fuerza, así como estoy, a estas horas de la noche. ¡Es un atropello inaudito! ¡Tendrán que entendérselas con mi marido!

JUSTO. – ¿Tiene la señora algo más que declarar?

EDUVIGIS. – Sí: que de ahora en adelante llamaré a los ladrones para que me defiendan de...

JUSTO. – Bueno, bueno... Que informe el agente.

AGENTE. – Pues pasaba yo en comisión por los muladeros que rodean la Ciudad

Universitaria, con perdón suyo, y salió esta señora a ultrajarme con palabras gruesas.

EDUVIGIS. – ¡Mentiroso!

JUSTO. – ¡Tiene la palabra el agente!

AGENTE. – Yo le dije que no era el de turno, y entonces ella se soltó en improperios... Le pedí que tuviera la fineza de respetarme el uniforme, y ella entonces empezó a gritar que las mujeres iban a imponer el orden en el barrio, y me echó mano al bolillo.

EDUVIGIS. – ¡Las mujeres, sí! ¡Porque los hombres no son capaces de administrar justicia.

JUSTO. – (**Tocando la campanilla**). ¡He dicho que tiene la palabra el agente!... ¿Hay testigos?

AGENTE. – Aquí están los nombres y las direcciones de las personas que se dieron cuenta de que la señora me estaba ultrajando. y aunque yo le hablara por las buenas...

EDUVIGIS. – ¡Mentira! ¡Me habló con altanería desde el primer momento! ¡Porque usted no conoce la urbanidad ni por el forro!

JUSTO. – ¡Silencio!... (**Nuevas campanadas**)... ¡Toco por segunda vez!

AGENTE. – Entonces ella, en vez de ponerse en razón... me dijo...

JUSTO. – ¿Qué le dijo?

AGENTE. – -La palabra prohibida.

JUSTO. – ¿La palabra prohibida? ¡Eso ya es gravísimo!... ¿Es cierto, señora?

EDUVIGIS. – Pues yo sí, en un momento de rabia, le grité mamá...

JUSTO. – (**Agitando la campanilla**). Toco por tercera vez para que no le oigamos, porque se le puede duplicar la pena... Ese vocablo tiene diez días de prisión incommutable. (1)

(1) (**En la época en que se estrenó la comedia se aplicaba esa sanción a toda persona que le dijera Mamatoco a un policía**)

EDUVIGIS. – (**Desconcertadísima**). Pero... ¡Cómo!... ¡Pero si yo...! ¡Pero si mi marido! ¡Pero si mi casa...!

JUSTO. – A ese respecto tenemos instrucciones terminantes... (**Al AGENTE**). Pase a la señora a esa habitación mientras atiendo otros casos pendientes. Luego veremos la mejor manera de instalarla,

EDUVIGIS. – (**Resistiéndose**). Pero... ¡avisen siquiera a mi casa!

JUSTO. – Haga el favor, señora. Aquí no hay servicio de información,

EDUVIGIS. – ¡Mis hijos! ¡Mis hijos!...

(Sale **EDUVUGIS** por la derecha, conducida por el **AGENTE**, que regresa batiendo el bolillo).

JUSTO. – ¿Quién sigue?

(El agente introduce por la izquierda a **NELLY** y **DOLLY**, dos mujerzuelas de aire arrabalero).

JUSTO. – ¿Qué pasa con ustedes?

NELLY. – (Riendo maliciosamente y bajando la cabeza). Buenas noches, don Justo.

DOLLY. – (Serísima). Buenas noches.

JUSTO. – (A **NELLY**). ¿Cómo se Llama usted?

NELLY. – ¡Ay! ¿Ya no se acuerda?... ¡Nelly!

JUSTO. – (Escurridizo a la otra). ¿Y usted?

DOLLY. – (Despectiva). Dolly.

JUSTO. – ¿Por qué vienen acá?

NELLY. – (Maliciosa). No sabemos.

DOLLY. – (Seca). Nos trajeron.

JUSTO. – ¿Y por qué las trajeron?

DOLLY. – Pues... no sabemos.

JUSTO. – ¿Qué andaban haciendo ustedes por la calle a estas horas?

NELLY. – .¿Nosotras? ... Trabajando...

JUSTO. – ¿Y en qué trabajan?

DOLLY. – ¿Nosotras?... (Mira a **NELLY** y las dos se tapan la cara, riéndose).

JUSTO. Enterado... Páselas al mismo salón de espera; y, en cuanto termine de

despachar, veremos qué se hace con ellas.

AGENTE. – ¡A la corraleja!

NELLY. – Pero no me toque.

DOLLY. – Pero sin brusquedad.

(*Salen NELLY y DOLLY por la derecha*).

JUSTO. – ¡Adelante.!

(*El AGENTE introduce por la izquierda a EDUARDO con anteojos negros y ZANDALIO con la corbata revuelta*).

AGENTE. – Aquí está el informe del agente de servicio.

JUSTO. – (*Sorprendido y risueño al reconocer a ZANDALIO*).

¡Aja!... ¿Usted por acá, señor Tijaro?... Me evita un viaje; porque pensaba precisamente ir a venderle la nómina de esta quincena...

EDUARDO. – ¡Esa es la máscara!... Pero, en realidad, se trata del jefe de una pandilla de atracadores.

ZANDALIO. – ¡Es usted quien tiene cuadrilla para atracar casas decentes!

JUSTO. – (*Tocando la campanilla*). ¿En qué quedamos? ¿Quién robó a quién?

ZANDALIO. – Ha de saber usted que este mequetrefe...

EDUARDO. – No permito que un viejo usurero...

JUSTO. – Bueno, bueno... Para acusarse mutuamente de robo tiene que traer cada uno de ustedes dos testigos hábiles, sin nexos de consanguinidad. Por el momento, yendo con orden, se ventila, según el informe, un caso de riña en la vía pública... Se trata de saber quién agredió a quién.

EDUARDO. – (*Mostrando un ojo negro*). ¿Para esto también tengo que traer testigos?

ZANDALIO. – Después de atracarnos, vino a irrespetar.

EDUARDO. – ¿A irrespetar?... ¡Si sabré yo de trucos!

ZANDALIO. – ¿Qué?

JUSTO. – Bueño, bueno... Lo que consta en realidad, por las contusiones, es un atentado personal del señor agiotista contra el señor... ¿Su gracia?

EDUARDO. – Aquí traigo mi tarjeta.

JUSTO. – (*Después de leer*). ¡Ah! ¡Cuánto gusto! ¡Muy honrado... Soy amigo y hasta copartidario de su papá... ¿El señor Tijaro tiene alguna contusión qué exhibir ante la autoridad.

ZANDALIO. – ¡Era lo que me faltaba!

JUSTO. – Pues entonces, siendo usted el agresor, le corresponden diez pesos de multa... o diez días de cárcel.

ZANDALIO. – ¿Diez pesos nada más?

JUSTO. – (*Irónico*). Y sin recargo del diez por ciento quincenal como usted acostumbra.

ZANDALIO. – ¿Y así queda resuelto el asunto?

JUSTO. – Al menos el de la riña en la vía pública.

ZANDALIO. – Aquí tiene dos billetes de a diez.

JUSTO. – Gracias. No recibo propinas.

ZANDALIO. – No es propina para usted... Es que, si un ojo negro vale diez pesos, pues que venga el otro, delante de usted. (**Se abalanza contra EDUARDO**).

AGENTE. – (*Interponiéndose*). ¡Respeten !

JUSTO. – ¡Quedan los otros diez pesos por desacato a la autoridad!

(**Entra EDUVIGIS**).

EDUVIGIS. – ¡ Zandalio! ¡Zandalio ! ¡Aquí estoy!

ZANDALIO. – ¿Qué haces tú acá? ¿Qué hace aquí mi señora?

AGENTE. – Estése en la corraleja, como lo ordenó don Justo.

EDUVIGIS. – ¡Pero si es mi marido!

JUSTO. – ¿Es su señora? ¡Interesantísimo! ¡El uno por agresión de palabra y el otro por agresión de hecho... (**Al AGENTE**). Llévelos ahí dentro, para que siga la luna de miel.

(**El AGENTE saca a ZANDALIO y EDUVIGIS por la derecha**).

JUSTO . –. ¿A usted, mi estimado amigo, que más se le ofrecía.?

EDUARDO. – El motivo de esta riña obedece a que el señor Tijaro, por intermedio de su hija, me tendió una celada para robarme el automóvil.

JUSTO. – Eso ya es más grave... ¿A qué hora fue el robo?

EDUARDO. – Hace aproximadamente una hora.

JUSTO... – Entonces todavía es temprano para recuperarlo.

EDUARDO. – ¿Por qué?

JUSTO. – (*Para sí*). Sustraído a las nueve... una hora a las diez... dos a las once... (*A EDUARDO*). Mañana temprano lo encontrará por los lados de Engativá, donde siempre lo dejan después de quitarle las llantas...ya veces parte del motor.

EDUARDO. – ¿Y por qué no van de una vez?

JUSTO. – Eso ya no es asunto de mi despacho, sino de la inspección de tráfico.

EDUARDO. – Pues llamemos entonces a la inspección de tráfico.

JUSTO. – Tramitaremos el asunto a su debido tiempo. Por lo pronto, ¿trajeron a la sindicada?

AGENTE. – Ahí está.

JUSTO. – Que pase.

(*Entra GALEANO acompañando a AURORA, que está, hecha un mar de lágrimas*).

JUSTO. – ¿Fue la señorita quien sustrajo el auto?

GALEANO. – La señorita se vio obligada a escaparse en el auto, porque el señor quiso seducirla y apeló a la violencia, le tendió una celada.

EDUARDO. – La celada la han tendido ustedes muy hábilmente.

GALEANO. – Señor juez: en nombre de los intereses que vengo aquí a representar, le cedo la palabra a la contraparte. Luego hablaré yo.

JUSTO. – Tiene la palabra la contraparte.

EDUARDO. – Bueno; ¿y por qué no transamos este tropiezo por las buenas, como les propuse al entrar? Evitamos letreros y retratos en los periódicos y comentarios públicos. Acepto el chantaje.

GALEANO. – Señor juez: tome nota de esa palabra para que se digne actuar como testigo en el juicio por calumnia que añadiré al expediente para exigir daños y perjuicios de acuerdo con el decreto-ley 1900 de 1944...

JUSTO. – Pero, ¿qué edad tiene la señorita?

AURORA. – Quince años.

JUSTO. – ¡Menor de edad! Quienes deben venir a representarla Son sus padres. ¿Dónde están sus padres?

AURORA. – Ahí dentro...

JUSTO. – Pues entonces, como los padres son quienes responden por las infracciones que comenten los menores de edad, y los de usted, señorita, están ambos enjaulados, pase a reunirse con ellos... ¡Y van tres! ¡Agresión de palabra; agresión de hecho, y comercios clandestinos... Y complicados en un robo de llantas!... Una familia recomendable.

**(AURORA, conducida por el policía muy galantemente, pasa a la habitación donde están sus padres).**

EDUARDO. – Le repito, don Justo, que deseo evitar a todo trance un escándalo. Esperemos, pues, a mañana, que aparezca el automóvil en Engativá, o donde quieran entregarlo. Comprará otras llantas y otro motor, y se acabó el trato.

GALEANO. – Ese ya es otro idioma. Pero conste, señor juez, que queda pendiente la calumnia en que, como es natural, me considero envuelto.

EDUARDO. – **(Sacando la chequera).** ¿Cuánto Vale?

GALEANO. – **(Muy cortés).** Pues eso queda a su discreción, no? Usted sabe de eso más que yo... Entre cincuenta y cinco mil, según el decreto citado.

ÉDÜÁRÜO. – **(Entregándole el cheque).** ¿Así estará bien?

GALEANO. – **(Guardando el cheque sin mirarlo).** ¡De más! ¡Muy formal!

JUSTO. – ¿Retira usted entonces el denuncio de robo?

EDUARDO. – Si el señor retira el de tentativa de rapto...

GALEANO. – Por mi parte no hay inconveniente... Estamos entre caballeros.

JUSTO. – Entonces... los señores pueden retirarse.

EDUARDO. – Muchas gracias... Mañana entraré a su casa a dárselas personalmente... Y ojala en cuanto sea posible, que no trascienda esto al público

con mi nombre.

JUSTO. – Váyase tranquilo... Me saluda a su papá muy respetuosamente.

EDUARDO. – A propósito: que no se vaya a enterar el viejo de este trastorno.

JUSTO. – Mañana hablaremos... (*Al AGENTE*). Avise en la puerta que los señores pueden salir

GALEANO. – Yo me aguardo .

AGENTÉ. – (*A la puerta de la derecha gritando*). ¡Sale unoooo!

(*Sale EDUARDO*).

GALEANO. – Y en cuanto a esta familia amiga mía, don Justo, seria también justo que pudiéramos resolver este problema del mejor modo que esté a su alcance.

JUSTO. – Aquí pagan, junto con los delitos que hayan cometido, todos los intereses usurarios que me han cobrado.

GALEANO. – No se preocupe por los intereses; y en cuanto a la nómina de esta quincena, ya verá... ya verá...

JUSTO. – ¡A mi nadie me soborna!

GALEANO. – ¿Quién habla de sobornos, pues? Oiga, don Justo: escúcheme, que usted es persona sensata.

JUSTO. – ¡Adelantaré la investigación!

GALEANO. – ¿Cuál investigación? La riña y el irrespeto a la autoridad ya están sancionados.

JUSTO. – ¿Y la palabra prohibida?

GALEANO. – Cuál?

JUSTO. – La que le dijo la señora al agente. Eso es incommutable.

GALEANO. – ¿Le dijo la incommutable? ¡Nos metió en la grande!

JUSTO. – ¡Sin remedio!

GALÉANO. – Pero... ¿Hay testigos?

JUSTO. – Para citar.

GALEANO. – Entonces, ¿dónde está el problema?

JUSTO. – Bueno, déjeme terminar con otros asuntos pendientes. Buscaré la forma de complacerlo, don Galeano... ¡Dentro de la más estricta justicia, eso sí! Pase en tanto a acompañar a esa gente.

GALEANO. – ¡Muy formal, don Justo!... ¡Usted es un gran señor!

(Sale **GALEANO** por la derecha).

JUSTO. – ¿Qué más?

AGENTE. – Un montón de cosas robadas. Dos docenas de copas como estas, varias bandejas como éstas, y una piel.

JUSTO. – ¿Están ahí los sindicados?

AGENTE. – Acaban de llegar.

JUSTO. – . – Introdúzcalos.

AGENTE. – (Saliendo por la izquierda y trayendo a **MARCOS**).

¡Pa dentro!

MARCOS. – Suélteme. Puedo andar solo.

AGENTE. – Déjese de insolencias, jovencito.

JUSTO. – A ese no lo conocía yo. ¿No está fichado?

AGENTE. – Creo que no. Es nuevo,

JUSTO. – ¿Le tomaron ya las fotografías y las impresiones digitales?

AGENTE. – No sé, doctor.

JUSTO. – (A **MARCOS**). ¿De dónde sacó usted estos objetos?

MARCOS. – De mi casa.

JUSTO. – ¡Linda disculpa! Se ve que es principiante... ¿Tiene compañeros?

MARCOS. – Sí.

JUSTO. – (Interesándose). ¿Cuántos?

MARCOS. – No sé exactamente; pero... son más de mil.

JUSTO. – (Al AGENTE, alegrísimo). Aquí nos ganamos la Cruz de Boyacá...

(*Con mucho tacto, convenciendo a MARCOS con un billete*). Oiga, jovencito: ¿cómo andamos de fondos?

MARCOS. – Mal.

JUSTO. – (*Dándole un billete*). Si usted me cuenta ahora mismo todo lo que sabe, respondo de su suerte... ¿Con que más de mil compañeros?

MARCOS. – Sí.

JUSTO. – ¿y todos forman parte de una sola organización?

MARCOS. – Todos, sí.

JUSTO. – (*Dándole otro billete*). ¿Y a qué hora trabajan?

MARCOS. – A mañana y tarde.

JUSTO. – ¿En la noche no?

MARCOS. – No. En la noche se preparan por lo común los trabajos del día siguiente.

JUSTO. – ¿Y cómo están organizados?

MARCOS. – En diferentes grupos; porque como no todos tenemos los mismos conocimientos.

JUSTO. – ¿Y usted a qué grupo pertenece?

MARCOS. – ¿Yo?... A primero de bachillerato.

(*Ante el desconcierto de JUSTO y la risa del AGENTE entra EDUVIGIS*).

EDUVIGIS. – ¡Mis copas! ¡Mis bandejas!

JUSTO. – Señora: haga el favor de permanecer allá mientras le toca de nuevo el turno.

EDUVIGIS. – ¡Pero si esto es mío!

JUSTO. – Para justificar la propiedad de cualquier objeto robado tiene usted que elevar un memorial ante el juez de competencia; traer el certificado de compra con la fecha de adquisición y el número de serie; presentar dos testigos hábiles que hayan constatado el usufructo del susodicho objeto, y esperar a que el expediente siga su curso natural, hasta obtener el fallo definitivo.

EDUVIGIS. – ¡A ese paso, tendré que comprar otra vajilla! (*Sorprendiéndose al ver a MARCOS*). ¿Y tú, Marcos, qué haces aquí?

JUSTO. – ¿Conoce usted a este menor?

EDUVIGIS. – Es mi hijo. ¿Para eso también tengo que traer testigos y elevar memorial?

JUSTO. – ¿Su hijo? ¿Ladrón de artículos de plata? ¡Pues está completa la familia!

(**Entra ZANDALIO energúmeno, con un cinturón en la mano**).

ZANDALIO. – ¡Grandísimo sinvergüenza! ¡Ahora verá!

JUSTO. – ¡Pase usted allá!

ZANDALIO. – Despues de darle su merecido.

JUSTO. – ¿Qué es ese afán de administrar justicia por su cuenta? ¡No faltaba más! ¡Para eso están las autoridades!

ZANDALIO. – Pues oiga ni usted, ni el presidente de la república, ni el congreso, ni el cambio de régimen, ni la restauración moral del país me quitan la patria potestad. Y si un ojo negro vale diez pesos, aquí se va a quedar toda la herencia de este holgazán... ¡Venga acá!... ¡Un bolillo, por Dios; un bolillo!

AGENTE. – (A JUSTO). ¿Se lo damos?

JUSTO. – Pues si es el padre... para la familia que tiene... ¡que acabe con todos de una vez! (Le entrega el bolillo a ZANDALIO).

(**ZANDALIO corre á pegarle a MARCOS; EDUVIGIS se interpone y él se la lleva en peso persiguiendo al hijo, que huye**).

TELÓN

## CUADRO SEXTO

*La misma decoración del tercero y cuarto, a media noche.*

*En escena: EDUVIGIS, GALEANO y AURORA.*

EDUVIGIS. – ¡Ay, don Galeano! ¡Qué horas tan horribles!

GALEANO. – Ya se solucionó todo, por fortuna.

AURORA. – ¡Gracias a Dios que lo teníamos a usted!

EDUVIGIS. – En fin: estamos sanos y salvos. Todo esto es nada junto a la pena del compadre Quinche, que está echado a morir desde que se fugó esa muchacha.

GALEANO. – Y ya es inútil averiguar más. Creo que se fue tal vez de Bogotá.

EDUVIGIS. – (**A AURORA**). Fíjate en ese espejo, para que no vuelvas a hacer locuras... ¡Y se acabaron las vespertinitas y los paseitos sin mí. De ahora en adelante, ¡amarrada a mi cintura!

AURORA. – (Alicaída). Sí, mamá.

EDUVIGIS. – ¡Lucero!... ¡Lucero!... (**Gritando**). ¡Lucero! ¿No oye que la están llamando?

(**Entra LUCERO por la izquierda**).

LUCERO. – Pero no me grite, mi señora, que no soy sorda.

EDUVIGIS. – ¡Malcriada! ¡Así no se responde!

LUCERO. – Respondo como me provoque.

AURORA. – ¡Respete a mamá!

GALEANO. – No debe usted hablarles así a sus Señoras.

LUCERO. – Ni usted meterse en lo que no le importa... Cuando me encuentra sola sí me habla en otro tono...

EDUVIGIS. – ¡Se va ahora mismo!... ¡Ahora mismo!

LUCERO. – Eso es lo que quisieran: que me vaya.

EDUVIGIS. – La saco, si es necesario, de una oreja.

LUCERO. – Pues no me voy, y no me voy, y no me voy... Me quedo acá, quieran o no quieran.

EDUVIGIS. – ¡No faltaba más!

LUCERO. – No me sacan ni con la policía. ¡Sé por qué lo digo! Más bien yo puedo sacarles boleta...

(**Sale LUCERO por la izquierda**).

GALEANO. – ¿Llamo a la policía?

EDUVIGIS. – (**Aterrada**). No, no, no, no no... ¡Nada con la policía! ¡Prefiero quedarme con esa mujer toda la vida, y hasta adoptarla por hija!

AURORA. – Arreglemos eso por las buenas. Démosle lo que pida, y que se vaya.

EDUVIGIS. – Si, es lo mejor,

(**Suena el timbre de la calle**).

AURORA. – ¡Ahí está papá,

EDUVIGIS. – Ábranle pronto; porque si no; ¡quién lo aguanta!

AURORA. – Iré yo... ¿Quién le manda ahora nada a Lucero?

GALEANO. – Yo voy a ordenarle... ¡No faltaba más!

(**Sale GALEANO por la izquierda**).

AURORA. – ¿Por qué estará empeñada en no irse?

EDUVIGIS. – Eso mismo me estaba preguntando yo.

AURORA. – Falta ahora que Marcos...

EDUVIGIS. – ¿Con todo lo que yo he cuidado? ... No.

AURORA. – Voy a hablar con Lucero.

(**Sale AURORA por la izquierda y entra LULU por el foro**).

LULU-. – ¡Madrinita!... ¡Madrinita!

EDUVIGIS. – ¿Y esto qué es?... ¿Tú y a media noche?... ¡Sí llevamos varios meses buscándote.

LULU. – ¡Madrinita!... (**Rompe a llorar**). ¡No puedo más! ¡Escríbanle a papá! ¡Estoy resuelta a irme para allá, pase lo que pase!

EDUVIGIS. – Si el pobre hombre no come, no duerme, se la pasa llorando... Está resuelto a perdonarte a condición de saber con quién te has casado y dónde vives.

LULU. – Mañana mismo me voy para allá.

(**Llora un bebé**).

EDUVIGIS. – ¿Quién llora?

LULU. – El niño, madrinita.

EDUVIGIS. – ¡Tienes un niño!

LULU. – Y se va a morir, porque no tengo con qué alimentarlo... He venido a traérselo, madrinita, para que usted ...

EDUVIGIS. – ¿Y yo cómo?... ¡Qué me voy a hacer cargo de criaturas extrañas!

LULU. – No es extraña, madrinita... ¡Es de Marcos!

EDUVIGIS. – ¡María Santísima !

LULU. – El fue quien me obligó a fugarme cuando nos casamos, para que ni ustedes ni los míos supieran nada... He pasado las angustias y las hambres más horribles... Hoy nos desahuciaban, y me dijo que llevaría dinero de cualquier modo. Lo esperé hasta este momento en casa de unos vecinos, porque nos tiraron todos los muebles a la calle... Viendo que él no llegaba, y que el niño seguía tan mal, resolví venirme... ¡Madrinita!

EDUVIGIS. – ¡Señor de Monserrate! ¡Divino Niño! ¿Qué hago yo ahora? ¡Trae, pues, eso!... ¡Ave María Purísima!

LULU. – (*Trayendo el niño*). Aquí está madrinita.

EDUVIGIS. – ¡Con Marcos sí es imposible!... ¡Y no deja de tener el aire de familia, el muy condenado! (*Lo alza*).

(*Entra AURORA por la izquierda*).

AURORA. – ¡Llegó papá!... (*Sorprendiéndose*). ¡Lulú!

EDUVIGIS. – Llévatela para tu alcoba mientras preparo al pobre Zandalio. ¡Para él va a ser espantoso!

AURORA. – (*Sacándola por la izquierda*). Ven para acá.

(Salen por la izquierda AURORA y LULU).

EDUVIGIS. – ¡Don Galeano.! . ¡Don Galeano!

(*Entra GALEANO*).

GALEANO. – ¿Qué pasa, mi señora Eduvigis?

EDUVIGIS. – Usted, que es para todo, tenga el niño. (*Se lo entrega*).

GALEANO. – ¿Y esto de quién es?

EDUVIGIS. – (*Obligándolo a salir*). Después lo sabrá.

(Sale **GALEANO** por la izquierda perplejo, y entra **ZANDALIO** por el foro, con el bolillo).

EDUVIGIS. – ¡Mijito! ¿Y Marcos?

ZANDALIO. – Le están haciendo unas curaciones en la botica.

EDUVIGIS. – ¡Pobre muchacho ! ¡Has podido matarlo!

ZANDALIO. – Esa es otra pata que le nace al cojo... ¡Pobrecito!... Al fin y al cabo, la juventud es la juventud... Me ha confesado toda la verdad... El motivo del robo.

EDUVIGIS. – ¡Qué descanso!

ZANDALIO. – ¿Sabías tú entonces?

EDUVIGIS. – ¿Lo de Lulú? ... Si.

ZANDALIO. – (*Alarmadísimo*). ¿Y qué es lo de Lulú?

EDUVIGIS. – (*Aterrada*). ¿Qué te dijo el?

ZANDALIO. – Que se llevaba las cosas de la casa, porque tiene una mujer un hijo.

EDUVIGIS. – ¡Ay, Dios mío! ¡Qué no vaya a ser otra, porque mis fuerzas fallarían!

(*Entra MARCOS por el foro, con la cabeza vendada*).

ZANDALIO. – (*Sacudiéndolo*). ¿Qué tienes tú que ver con Lulú? ¿Qué pasa con Lulú? ¡Habla o te mato!

MARCOS. – Es ella papa. Ella es mi mujer.

EDUVIGIS. – ¡Qué alivio!

ZANDALIO. – ¿Y te alivia semejante cosa?... ¿Y con qué cara me le presento ahora al compadre?

EDUVIGIS. – ¿Y acaso no están unidos como Dios manda...? No era eso lo que querías?... Lo demás son travesuras de muchachos.

MARCOS. – ¡Claro!

ZANDALIO. – (*Amenazándolo*). ¿Eh?

EDUVIGIS. – Lulú: ven acá.

**(Entra GALEANO con el niño sobre los brazos estirados, y luego LULU muy avergonzada).**

GALEANO. – Me estaba quedando dormido, cuando de pronto... sueño que llueve y... **(Se sacude).**

LULU. – ¡Démelo acá!... ¡Qué vergüenza!

ZANDALIO. – ¡Eso es lo que no tienen! ¡Vergüenza!

LULU-. – **(Cabizbaja).** Padrino...

ZANDALIO. – **(Ablandándose).** ¡Qué muchachos!... **(Mira al retoño y acaba por sonreír luego mira a MARCOS con severidad).** ¡Al fin! ¡Al fin sirvió para algo este holgazán!

LULU. – ¿Qué te pasó Marcos?

MARCOS. – La lucha por la vida...

ZANDALIO. – ¡Vayan, vayan a arreglar las maletas! ¡Hoy nadie duerme aquí!... ¡No más Bogotá!

**(Salen por la izquierda EDUVIGIS, AURORA, LULU y MARCOS).**

GALEANO. – Váyase tranquilo, don Zandalio. Yo me encargo de liquidarle aquí todo, si usted quiere, y hasta de vender la casa.

ZANDALIO. – No, mi querido amigo. Usted también se va con nosotros.

GALEANO. – Encantado.

ZANDALIO. – Pero no crea que a perder el tiempo, ni a descrestar calentanos... Diez mil pesos me ha costado este viajecito en que usted me metió... Ahora me los tiene que reembolsar sirviéndome como administrador... Me los devuelve en caña, café y remedios para las bestias.

**(Entra LUCERO por la izquierda).**

LUCERO. – ¿Debo limpiar entonces todas las maletas?

ZANDALIO. – Todas, sí.

LUCERO. – ¿La mía también?

ZANDALIO. – ¡He dicho que todas!

LUCERO. – Pero...

ZANDALIO. – ¿Pero qué?

LUCERO. – Que no tengo rapa de veraneo.

ZANDALIO. – Descuida, que no es a veranear... Pero toma, a cuenta de sueldos (*Le da unos billetes*).

LUCERO. – ¡Ay, gracias, doctor!

ZANDALIO. – ¡Te repito que no soy doctor!

GALEANO. – (*A LUCERO*). Si sales de compras mañana temprano, te voy a llevar a un sitio donde...

ZANDALIO. – (*Tomándolo por el brazo*). Venga acá, mi querido amigo, (*A LUCERO*). ¡A lo tuyo!

LUCERO. – Voy, doctor...

(*Sale LUCERO muy divertida*).

ZANDALIO. – Oiga, Galeano: usted será mi administrador... pero no me administra sino la que ya le indique muy concretamente... ¡Déjese de gentilezas con Lucero!... ¡Ojala no tenga que volver a repetírselo!

GALEANO. – ¡Usted es el amo! ¡Lo que usted mande!

(*Entra EDUVIGIS por la izquierda*).

EDUVIGIS. – (*Severa*). Zandalio: quiero hablarte.

GALEANO. – Si estorbo.

EDUVIGIS. – No. ¡Por el contrario!... Oye: nunca me he opuesto a ninguna de tus órdenes; pero esta vez me impongo... ¡Esa sirvienta se queda en Bogotá!

ZANDALIO. – ¿Por qué? ¡Si a lo único que me he habituado aquí es al buen servicio!

EDUVIGIS. – La eché y no quiso irse.

ZANDALIO. – Estará contenta con nosotros.

EDUVIGIS. – ¡Claro! ¿No ves que don Galeano ha estado enamorándola, y hasta le dio palabra de matrimonio?... O llevas al uno, o llevas al otro; pero a ambos no. No quiero por allá líos de esa clase.

ZANDALIO. – ¡No seas mal pensada, mujer!... Precisamente... estaba hablando de eso con Galeano... ¡Va a cumplir su palabra!... ¡Se casa!

EDUVIGIS. – (**Sorprendida**). Así ya es distinto... Entonces... no he dicho nada... Piénselo mucho, eso sí, don Galeano; porque esa mujer tiene un genio endemoniado... y además, dos muchachitos...

(Sale **EDUVIGIS** por la izquierda).

GALEANO. – ¡Está buena la broma !

ZANDALIO. – No es broma.

GALEANO. – ¿Qué?

ZANDALIO. – Hablo muy en serio. Si se va conmigo, deja de hacerse el bogotano y se porta como lo que debe ser: como buen antioqueño. ¡Mujer legítima, y añadir por lo menos un hijo al año!...

GALEANO. – Pero... Tendría que pensarlo...

ZANDALIO. – Ha debido pensarlo antes de dar su palabra. Si no la cumple, ¿qué confianza puedo tener en lo que me diga de ahora en adelante?

GALEANO. – ¡No, don Zandalio !¡Por ningún motivo!

ZANDALIO. – Si tanto le gusta Bogotá, llévese esa muestra.

GALEANO. – . Eso ya no es muestra. Es colección.

ZANDALIO. – Todos somos hijos de Dios.

GALEANO. – Prefiero quedarme.

ZANDALIO. – Quédese; pero no en la calle. Empiezo a sospechar que en el asunto de las nóminas, y en ciertas compritas, no tiene usted las manos muy limpias... Voy a averiguar. Y el responsable se va a la cárcel... ¿O prefiere que le echemos tierra al asunto?

GALEANO. – (**Anonadado**). Me cobra usted muy caro, don Zandalio.

ZANDALIO...¿Y le parece barato el viajecito en que me ha metido?

GALEANO. – Pero... Un matrimonio en semejantes condiciones...

ZANDALIO. – Tranquilícese; que no es la primera vez que intervengo en esa forma.

GALEANO. – ¿Eh?

ZANDALIO. – ¡Lucero!... ¡Ven acá!

(*Entra LUCERO por la izquierda*).

LUCERO. – ¿Doctor?

ZANDALIO. – ¡Que no soy doctor! ¡Soy el patrón!... ¡Ahí tienes tu doctor! (*La lleva de la mano hacia GALEANO, que trata de esquivar*). ¡He dicho que soy el patrón!

GALEANO. – (*Resignándose*). Usted manda, pues...

(*Entran los demás por la izquierda*).

EDUVIGIS. – ¡Mis felicitaciones!

AURORA. . – ¡Bravo!

ZANDALIO. – ¡Silencio!... ¡Dejen la fiesta para después! Ahora... ¡a llevarles la contraria a nuestros primeros padres!... ¡Todo el mundo al paraíso!

(*Telón, en el caso de que baya fin de fiesta. Al no haberla, termina la obra en la forma siguiente*):

## **ESCENA FINAL**

(*Entra ALVARO por el foro*).

ALVARO. – ¡Padrino!

ZANDALIO. – ¿Cómo?... ¿Tú también?

ALVARO. – Acabamos de llegar.

ZANDALIO. – ¡Muy a tiempo!... ¡Mira! (*Le muestra a LULU*). ¡Eres tío!

ALVARO. – ¡Lulú! (*La abraza*).

ZANDALIO. – y para colmo... yo soy abuelo.

ALVARO. – ¿Es Marcos?... ¡Pero qué idiota .

ZANDALIO. – Y ahora, a dar tus noticias.

ALVARO. – ¡Gran cosecha! ¡Y la carretera al pie de la casa!

ZANDALIO. – ¿Lo oyes, Aurora?... Y en cuanto a ti, soy yo quien escoge ahora el

novio.

AURORA. – Como quieras, papá,

ALVARO. – (*Abrazando a AURORA*). Chinita, no seas tan hosca. Deja de hacerte la mosca muerta... por que yo te quiero.

GALEANO. – ¡Adentro los de corrosca!

ZANDALIO. – (*Al público*). ¡Y afuera los de sombrero.

## TELÓN

### FIN DE FIESTA

*La misma decoración, del segundo cuadro. En escena, ZANDALIO y ALVARO.*

ZANDALIO. – ¡Pues la casa quedó irreconocible!

ÁLVARO. – Ya no falta sino tumbar aquellos ranchos...En la semana entrante llegaran la instalación sanitaria y la planta eléctrica.

ZANDALIO. – ¡Admirable !

ALVARO. – La carretera la hice pasar por la puerta de la casa.

ZANDALIO. – ¡Veo que has cuidado esto como lo prometiste! ¡Como casa propia!

*(Entran. AURORA, Y tras ella EDUVIGIS, LULU, MARCOS, GALEANO y LUCERO).*

ALVARO. – ¡ Aurora!

ZANDALIO. – Y en cuanto a ti, Aurora, soy yo quien escoge ahora el novio.

AURORA. – Como mandes, papá...

*(Entra CALANSANCIO).*

CALANSANCIO. – ¡Que la gente quiere saludar a los patrones!

ZANDALIO. – ¡Admirable! ¡Que vengan!

CALANSANCIO. – Y a ver qué nos trajo de puallá.

ZANDALIO. – Pues les traje... un día de descanso remunerado... Y otras prestaciones sociales.

*(Entra MORICHA con niño en brazos).*

MORICHA. – Güenos días, patrones.

ZANDALIO. – ¡Ola, Moricha!

EDUVIGIS. – ¿Y eso qué es? ¿No ha crecido?

MORICHA. – Es otro, sumercé.

ZANDALIO. – Ella es de descarga automática...

CALANSANCIO. – Y eso no es nada... ¡Si viera cómo ha hecho poner a las gallinas!

*(Entra, la murga campesina).*

MURGUISTA. – ¡Vivan los patrones!

ZANDALIO. – ¡Ola, muchachos!... ¿Qué tienen de nuevo?

*(Aquí se arregla el libreto de acuerdo con los números musicales que se desee incluir).*

ALVARO. – *(A AURORA)*. Chinita: no Seas tan hosca. Deja de hacerte la mosca muerta, porque yo te quiero.

CALANSANCIO. – ¡Adentro los de corrosca!

ZANDALIO. – *(Al público)*. ¡Y a fuera los de sombrero!

**(FIN DE LA OBRA).**